

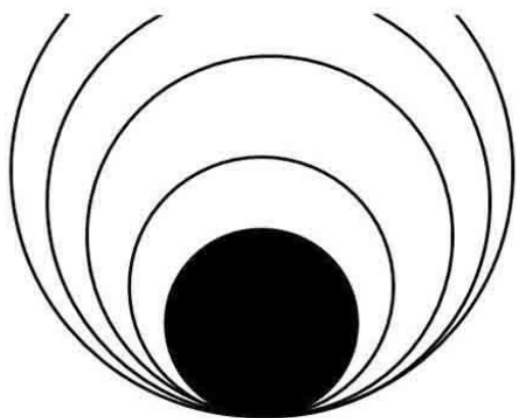


DOS CADAVERES Y UNA PELIRROJA

J. A. Dose

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



J. A. DOSE

DOS CADAVERES Y UNA PELIRROJA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 938
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 4.900 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1980

© J.A. Dose - 1980

texto

© J. Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Llegué ante la puerta cuyo recuadro de cristal esmerilado con letras doradas decía:

ROY NELSON

Prívate Investigator Agency

Era yo.

Y empujé la puerta.

Nada más hacerlo silbé de admiración.

Una hermosa rubia estaba arreglándose la costura de la media junto a la mesita de recepción.

Al oírme, se volvió asustada.

Cuando me reconoció, volvió a levantarla y acabó de tensarse la fina media de nylon.

—Me asustaste —dijo sin sonrojarse.

—Me encanta ese recibimiento, Rosie. ¿Puedes repetirlo cada día?

—No seas tonto, Roy —murmuró—. Estás cansado de verme las piernas.

—Tengo mala memoria —aduje, abarcándola por la cintura.

—Deja eso ahora, Roy. Tienes Visita en tu despacho. Un cliente.

La miré interrogadoramente, sin soltarla.

—Es Porter S. Forrester.

De nuevo silbé.

Forrester estaba cargado de dólares. Podrido de ellos. ¿A qué venía? Yo era un modesto detective privado. Expulsado de la policía. Mis métodos no eran demasiado ortodoxos. Había sido algo así como un incomprendido por mis superiores del cuerpo. No podía soportar que me pusieran la mano encima. Si algún delincuente lo había hecho, me había convertido en «Ciclón

Nelson». Mis tortazos tenían fama. Demasiada. Su popularidad había sido la causa de mi expulsión.

—Llegó hace diez minutos —dijo Rosie, adivinando que iba a preguntarlo.

Estábamos así de compenetrados.

La besé.

Sus labios rojos y jugosos me incitaron a eso.

No opuso resistencia.

Me pareció que le gustaba y alargué el beso.

Me dio las gracias con un sonoro bofetón. Me pregunté que si al igual que en la carne a la plancha se conocerían en mi cara las rayas de sus dedos.

Lo que yo decía. Estábamos así de compenetrados.

—Creí que te gustarían mis besos, Rosie —murmuré.

—No aquí.

—¿Dónde, entonces?

Mi mente imaginó enseguida el decorado adecuado.

Sí, ese que piensan.

Sus besos serían muy agradables en una cama confortable.

Su respuesta destruyó mis sueños. Podía hacer más daño que una bomba de «napalm».

—A la salida de la vicaría.

—¡Maníaca! —Gruñí empujando la puerta que daba a mi despacho particular.

Forrester era igual que lo había visto en numerosas revistas con chismorreos de la High Society. Medianamente Calvo, grueso, con una elegante terno azul de finas rayas blancas y con un habano descomunal. La sonrisa debía habérsela dejado en su quinta de Sausalito.

Forrester se revolvió en el sillón al oírme entrar.

No hizo ademán de levantarse.

—¿Nelson? —inquirió, mirándome especulativamente.

Asentí con un movimiento de cabeza.

Alargué mi diestra y la estreché sin calor.

No ganaría ningún premio de simpatía.

Quizá ello se debiera a que parecía muy preocupado.

Me senté en mi sillón giratorio tras la mesa y esperé.

Forrester no me quitaba el ojo de encima. Su valoración no

debía de haber terminado.

Jugueteó con el abrecartas, empezando a agotar mi última dosis de paciencia.

Al fin habló.

—Me hablaron muy bien de usted, Nelson.

Me pregunté quién podía ser esa desconocida alma caritativa.

—¿Sí? —dije débilmente.

El millonario afirmó con un movimiento brusco de cabeza.

—Fue Matt Carmody, el periodista del *Chronicle*.

Traté de disimular lo mejor que pude mi sorpresa. No lo conocía. Ni siquiera había oído hablar de él. Intuía una trampa de Forrester para ver mi reacción. Y fui yo quien le sorprendió.

—Imposible —dije humildemente—. Nadie habla bien de mí.

Forrester sonrió ampliamente.

—Busco un tipo duro. Capaz de afrontar cualquier situación.

Enarqué las cejas.

—Pero con cerebro —siguió—. Tengo una hija de mi primer matrimonio, Nelson. Tiene veintitrés años y se llama Cynthia. Vive en un *bungalow* que le compré el año pasado en Ocean Boulevard frente al Pacífico. Sé que tiene algún problema serio. Quiero saber cuál es.

—¿No le dice nada ella?

—No. No se lleva muy bien conmigo desde que me volví a casar. No creo que sea cuestión de dinero. Le paso dos mil dólares al mes...

Di un respingo.

—¿Novio? —inquirí.

—No. No que yo sepa.

—¿Amenazas?

Forrester movió negativamente la cabeza.

—¿En qué se basa, pues, para decir que tiene problemas?

—Ha tenido dos accidentes en pocos días. Al parecer por imprudencias. Parecía nerviosa la última vez que la vi.

—¿Ha dicho la última vez que la vio?

—Ha desaparecido. Hace seis días que no la veo.

—Puede estar de viaje —aventuré.

—No. Cynthia me hubiera avisado.

—¿Qué sitios suele frecuentar? —pregunté tomando un lápiz y

un bloc de notas.

Durante un par de minutos tomé cinco o seis direcciones.

—He traído una foto de Cynthia. Es de hace un par de meses. Se la entregaré para que la pueda identificar.

Sacó la cartera y me alargó una cartulina en colores.

Apenas pude reprimir un silbido de admiración al ver la fotografía. Era un bombón pelirrojo.

Estaba metida, en un dos piezas negro que podía cortar la respiración.

—Creo que debí empezar por los honorarios —dijo Forrester rompiendo el momentáneo silencio.

—Suelo cobrar cincuenta dólares por día más los gastos —mentí descaradamente.

Por la mitad me hubiera puesto a dar saltos mortales.

Forrester no respondió, se limitó a sacar su chequera; extendió un talón con pulso firme y me lo entregó.

Casi me atraganté, era por dos mil dólares.

—Le abono los primeros diez días. Ya me pasará su nota de gastos. Como ve, pago bien, Nelson. Pero quiero resultados.

Asentí con la cabeza.

Se levantó y después de estrecharme la mano se dirigió a la puerta.

Le dediqué una sonrisa que me hubiera envidiado el mismísimo Chevalier, y me dejé caer de nuevo en el sillón giratorio.

Rosie entró pocos segundos después.

Sin hablar, preparó dos *whiskys* en el mueble bar.

—Lo oí todo —dijo escuetamente, mientras me alargaba uno de los vasos.

Enarcó las cejas cuando vio la foto que tenía entre mis dedos, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Por dónde vas a empezar? —se limitó a decir.

—Voy a empezar por ir a casa a cambiarme, Rosie.

No esperé a que me preguntara si la llevaba a cenar. Aquella noche pensaba aterrizar en el Cupidos Club. Y prefería hacerlo solo. Por ello añadí apresuradamente:

—Mete el cheque en la caja, cariño. Y mañana temprano vas a cobrarlo. Vendré hacia el mediodía y te llevaré a comer a un restaurante italiano.

No hizo ningún comentario tampoco esta vez.

El restaurante en cuestión era uno que Cynthia Forrester solía frecuentar al parecer. Estaba en Buena Vista Avenúe.

—¿Qué digo si llama Thornton?

Thornton era un cliente. Me había contratado para averiguar si su mujer le engañaba.

Caso resuelto.

Afirmativamente.

Lo malo era que no podía decírselo, porque yo era quien se acostaba con ella.

Suspiré.

—Dile que la vigilancia ha sido negativa, que él estaba equivocado.

Rosie me miró fijamente.

—¿Negativa? —preguntó con retintín.

—Eso he dicho —gruñí molesto.

A veces me ponía nervioso. Parecía poder leer mis pensamientos.

Hizo un mohín y salió moviendo las caderas como a mí me gustaba.

¡Caray con Rosie!

CAPÍTULO II

Aparqué mi veterano «Chrysler» y me dirigí a la entrada del edificio donde tenía mi apartamento.

Willie me saludó desde el mostrador de la portería con una sonrisa, sin dejar de atender la centralita telefónica, y me guiñó un ojo burlón.

¿Qué tripa se le habría roto al muy imbécil?

Estuve a punto de pararme y borrarle la sonrisa, pero recordé a tiempo que, aunque estaba medio sonado, Willie había sido un peso pesado.

De modo que seguí el juego y le guiñé un ojo a mi vez.

El ascensor me llevó al sexto piso.

Me detuve ante la puerta de mi apartamento e introduje el llavín en la cerradura.

Me pareció oír que brotaba música del interior. No. No era posible, debía ser un efecto secundario de la impresión que me había producido el talón de los dos mil «pavos».

Entré.

Había luces en el interior.

Y música.

Y una mujer despampanante. Alta, esbelta, de senos turgentes y provocadores. Su vestido negro se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Un cabello negro, muy largo, de azulados reflejos caía en cascada a su espalda. Sus ojos tenían reflejos dorados y sus labios muy rojos eran gordezuelos, húmedos.

Por unos segundos creí que me había equivocado de apartamento.

No. El mobiliario era el mío.

Cerré la puerta tras de mí y la miré interrogadoramente.

Empezaba a comprender el guiño de Willie.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Me respondió con otra pregunta. Su voz era suave, melodiosa.

—¿Es usted Roy Nelson?

Asentí.

—Se preguntará cómo entré, ¿no?

—Creo que empiezo a adivinarlo...

Willie tenía un duplicado de las llaves de todos los apartamentos del edificio.

—Me costó diez dólares entrar —rió.

Gruñí. Aquel cerdo de Willie por diez pavos era capaz de dejar entrar a todo el *gang* de cualquier mafioso.

Sin embargo, pensándolo bien, decidí que por aquella vez no se lo tendría en cuenta.

Corrientemente, sólo en las películas se encuentra una hembra así en su apartamento.

—¿Sorprendido?

—Un poco —respondí.

—Comprendo que mi modo de entrar no es usual, pero deseaba verle.

—Tengo una oficina —murmuré tontamente.

—Quería verle a solas.

Aquella revelación hizo que me sintiera mejor.

—¿Un *whisky*? —dije, yendo hacia el mueble bar.

—Me serví uno. Gracias.

Era verdad. Estaba en la mesilla ratonera, junto a ella.

Me serví otro. Me hacía falta.

—Soy Miriam Forrester —dijo, mientras bebía yo un sorbo.

—¿Hermana de Cynthia?

Miriam rió alegremente.

—No, no. Soy la segunda esposa de Porter. Loretta, la primera, murió. Ella era la madre de Cynthia.

No se podía dudar que Forrester tenía buen güito. Miriam era mucho más joven que él. Pocos años más que su hija.

La miré interrogantemente.

—Se pregunta a qué he venido, ¿no?

—Sí, eso pensaba.

—Sé que mi marido le habrá visitado. A Cynthia no le ocurre nada. No tiene por qué preocuparse. Diviértase con el dinero que le haya dado y no se preocupe.

Sus palabras me causaron un efecto contrario. Empecé a preocuparme.

—Debo investigar —dije.

—Me sabe mal que pierda su tiempo en eso...

Dejó el vaso y avanzó hacia mí.

El tocadiscos seguía funcionando con música interpretada por Fauto Pappetti.

Pude percibir su perfume.

Jazmín.

Estaba cerca, muy cerca de mí.

Con mis manos rodeé su frágil cintura. Ella no hizo el menor gesto de protesta.

La atraje hacia mí.

Mi mano derecha subió hasta la parte posterior de su vestido.

Rocé su blanco cuello, bajo la Cascada azabache, buscando el inicio de la cremallera.

—¿Qué haces, Roy? —ronroneó mimosa.

No respondí.

El cierre se soltó y la cremallera descendió hasta más abajo de la cintura.

No perdí el tiempo. No en vano era un experto.

El vestido cayó apoyándose en sus caderas.

No llevaba sujetador.

En realidad, no lo necesitaba para nada.

Sonrió desafiante, orgullosa de sus senos, blancos, erectos, maravillosos.

La abracé vorazmente. Como lo hubiera hecho un huésped de Sing-Sing

al salir tras diez años de estancia.

El vestido no tardó en caer a sus pies, sobre la moqueta. Y tras él, unas minúsculas bragas rojas.

La tomé en mis brazos y la deposité sobre el sofá.

Mi ropa siguió el camino de la suya. Quedó por el suelo.

La trompeta de Fausto desgranaba en aquellos momentos las no notas del toque de *A Degüello*, que las huestes del general Santa Ana dedicaran a los defensores de El Álamo.

Y yo hice lo propio. Me lancé a la carga.

Habían transcurrido unas dos horas.

Mi fogosidad había ido en descenso.

—¿No harás tarde a casa? —pregunté.

Era como si enarbolara bandera blanca.

—Porter cena hoy fuera. Puede llegar más tarde, bastante más tarde.

Suspiré. No había tregua.

Seguimos tonteando y poco después estábamos en pleno temporal.

Hasta que Miriam juzgó llegado el momento de vestirse de nuevo.

—No lo olvides, Roy. No pierdas el tiempo con Cynthia. No lo necesita.

Y salió, después de que nos diéramos un beso.

Me dirigí a la ducha pensativo.

El agua fría sobre la nuca me devolvió parte de la perdida vitalidad.

Empecé a pensar en el extraño comportamiento de Miriam, pero al final lo dejé. No estaba para jeroglíficos.

No obstante, pensaba seguir adelante y ganarme los dólares que Forrester me había dado.

Empezaba a sentir curiosidad, y cuando eso ocurre, no paro hasta satisfacerla.

Estaba ya vestido con un temo nuevo, cuando sonó el timbre de la puerta.

Miré a mi alrededor. Había ya arreglado un poco la habitación y no quedaban huellas del pasado combate.

Abrí.

Dos mastodontes acabaron de entrar, empujándome.

—Tenemos un encargo para ti, Nelson —me dijo uno de ellos.

Tiene una cara aplastada, no sólo la nariz. Parece un bulldog de cien kilos. Sus puños son descomunales.

Su compañero es un paquidermo del mismo peso. Tiene la cabeza rapada a lo Von Strohelm.

Ambos tienen aspecto de matones que se ganan la vida rompiendo huesos. Rivalizaban en poner cara de bestia.

—Adelante, chicos; soy todo oídos.

—Es un mensaje corto. Nos han pagado para decirte que no

metas las narices donde no te importa.

—Bien, ya habéis cumplido. Adiós... —dije yendo hacia la puerta.

—No. No. Hemos de estar seguros de que nos has entendido —dijo Cabeza Rapada—. Para que recapacites bien, hemos de romperte algún hueso.

Aquellos hijos de puta no se andaban por las ramas:

Y se lanzaron sobre mí.

Esquivé un zurdazo de Cara Aplastada y un directo del otro bestia, a quien le solté un patadón en la entrepierna. Acerté.

Rugió como un león herido y cayó de rodillas llevándose las manos a la parte dolorida. Su cara estaba blanca como la nata. Le di con la mano plana en el cuello, pero el muy bruto ni se inmutó por este nuevo golpe.

El otro no estaba ocioso, me largó un gancho y me hizo volar y aplastar la mesa ratona.

Se vino encima mío. Alcé los dos pies a tiempo apoyándolos en su barriga y haciendo un esfuerzo le hice volar a él. Su cabeza dio contra la pared. Temí que la desconchara. Ambos nos alzamos casi al mismo tiempo, medio atontados, sólo que yo lo hice asiendo una pata de la destrozada mesa. La estrellé en su cara y su nariz se convirtió en una fuente manando sangre, poco después de que me partiera una ceja.

Cara Aplastada comenzó a levantarse deseoso de participar. La pata que empuñaba a guisa de cachiporra se rompió en su cráneo.

Se desplomó bizqueando.

El otro aún estaba en pie. Lo remedié de inmediato hundiendo mi puño en su estómago un par de veces.

Fue suficiente. Abrió la boca como un pez fuera del agua y en ralentí se desplomó de cara con los brazos en cruz.

Le pateé la nuca y oí un crujido de dientes.

Tambaleante llegué hasta el pequeño bar. Agarré la botella de «Johnny» y le pegué un buen trago.

Luego eché una mirada a mi alrededor. Los muebles estaban fuera de sitio, la mesita era un montón de astillas y la moqueta daba pena. La sangre que echaban aquellos cerdos la habían arruinado.

Cara Aplastada fue el primero en dar señales de vida, gimiendo.

Le di un par de patadas en los riñones para que recordase mi presencia.

—Bueno, cerdo —gruñí—. Ahora soy yo quien va a daros un recado. ¿Quién os envió?

Se hizo el sordo.

Le recordé mi presencia pateando su mano. Aquella noche no iba a poder deshacerse el lazo de los zapatos.

Le levanté la cabeza asiéndole por el pelo y me acordé de su padre gritándole al oído.

Me oyó perfectamente.

No estaba sordo.

No hizo falta que le repitiera la pregunta. La duración de su verborrea podía competir con la de Fidel Castro. Por eso supe que había sido el cabrón de Slim Matteson, el de los billares, quien los había enviado.

Por aquella noche ya tenía bastante, pero no quería acostarme sin ir a pedirle explicaciones.

—Con mucho cuidado, dame tu artillería y la de tu compinche, pollo. Estaré más tranquilo si os veo marchar sin uñas.

Con exquisito cuidado me dio los dos «petardos».

—¿Vas a dejarnos ir? —preguntó el matón con visible alegría.

—Por esta vez sí. Pero si vuelvo a veros, lamentaréis estar vivos.

Procuré dar a mi voz un énfasis truculento y lo logré.

Aquel paquidermo tembló como un niño.

—Llévate a Cara Rapada —mascullé—. No quiero saber lo que habéis cobrado por darme el recado. Os hará falta para árnica. Pero no vais a iros de rositas.

El rostro de Cara Aplastada se ensombreció.

—Antes vais a soltar cien pavos por los desperfectos... Y os lo hago barato. Venga —exigí.

Puso cara de dolor. Esta vez no era por los golpes.

Me alargó los billetes.

Cara Rapada completamente *groggy*, sonreía estúpidamente.

Cerré la puerta de golpe y pasé el pestillo.

Apenas estaba «tocado», pero la tarde había sido muy movida. Mi visita a Cupidos Club tendría que aplazarse hasta el día siguiente.

Tiré los dos pistolas en un cajón y me fui al cuarto de aseo a

reparar los desperfectos de mi rostro.

Empezaba a sentirme hombre y decidí ir al restaurante Nueva Seúl de Li-Wang-pen, para reponer energías, antes de ir a los billares de Slim.

CAPÍTULO III

Cuando bajé no encontré a Willie. Tuvo suerte.

Salí con precauciones por si aquellos dos gorilas me esperaban, pero no fue así.

Eché a andar calle abajo. No tenía ganas de conducir.

No tardé en llegar al Nueva Seúl. Apenas distaba tres cuerdas de mi apartamento. Li era un viejo amigo. Solía ir a menudo a comer o cenar allí. Tenía una magnífica comida.

Empecé con una ensalada china, seguí con una sopa de aleta de tiburón y rematé la cena con pollo al *curry*.

Inmediatamente me sentí más optimista.

Tomé un taxi y le di la dirección de los billares de Slim.

No estaba precisamente en un barrio elegante. Apenas distaban de la bahía.

Solían frecuentarlo hampones. Eran algo así como un centro de contratación.

Apenas había una docena jugando o presenciando las partidas cuando hice mi aparición.

Había una densa humareda. La taladré mirando a ver si veía a Slim.

Lo conocía muy bien. Un año atrás, en una ocasión, estuve a punto de romperle la cara.

No vi por allí a los dos mastodontes que me había enviado, pero supe que ya sabía el resultado de su recado, cuando al verme, hizo una leve seña a dos tipos que jugaban en una mesa ante él.

Tenía que pasar forzosamente por allí.

Y lo hice con todos los sentidos alerta.

Casi había llegado ante Slim, cuando uno de los muchachos me dio con el tacón en la barriga, al hacer ver que tiraba. Se volvió con cara de pocos amigos, cuando falló la bola.

—¡Qué pretende, estúpido! —me dijo, y apoyó la suela del taco

azulada por el yeso en mi inmaculada camisa.

No le respondí.

Así el taco y tiré hacia mí. Cuando lo tuve cerca le aplasté mi puño en la nariz.

Por el crujido, deduje que le había hecho fosfatina el cartílago.

El otro dio la vuelta a la mesa y vino hacia mí.

Cuando son dos mis interlocutores, siempre empleo con uno la misma llave.

Mientras el de la nariz averiada se llevaba las manos al apéndice estropeado, le endosé un fuerte patadón en mitad de los cataplines. Se llevó la mano a la entrepierna y se dejó caer al suelo revolcándose de dolor.

Tenía para un buen rato.

El otro, al ver que no me andaba por las ramas, esgrimió el taco como un mazo y lo dejó caer. Lo esquivé milagrosamente y se quebró contra la mesa.

Cogí una bola que tenía cerca y se la tiré.

Le dio en mitad de las cejas y se desplomó como un toro apuntillado.

Di una mirada a mi alrededor. Los demás jugadores me miraban con respeto. Debieron pensar que mis métodos no eran muy ortodoxos, pero sí efectivos.

Pasé por encima de la barriga del que se revolcaba y me acerqué a Slim, que me contemplaba verdaderamente asustado.

—Ya recibí tu embajada, Slim —dije agarrándole por la camisa—. ¿Quién te lo ordenó?

—Yo les dije que te dieran el recado sin tocarte —balbució.

—No has contestado a mi pregunta, Slim.

—Fue por teléfono, Nelson, te lo juro. Luego vino un muchacho que me conocía y me dio un sobre con doscientos dólares.

—Pues les salió caro a tus chicos —reí a gusto—. Les hice soltar cien pavos por los desperfectos. ¿Cómo tenía la voz el hombre que té lo encargó? —añadí después.

—No fue un hombre, fue una mujer.

—¡Vaya! —murmuré pensativo—. No vuelvas a cruzarte en mi camino, Slim. Si hay una tercera vez, te mataré a golpes —dije entre dientes, dando a mis palabras un énfasis truculento.

Como despedida le solté un par de tortazos que le harían

meditar en mis palabras y que restallaron como tiros.

Nadie se interpuso y alcancé la salida.

Había una mujer que no deseaba que interviniera en el caso que Forrester me había encomendado. ¿Sería la misma, Miriam? ¿O había alguna otra que pensaba igual?

No era mucho lo que me había dicho Slim, pero al menos creía haber conseguido que sus matones no volvieran a molestarme en lo sucesivo.

No tenía mucho sueño, aunque me notaba cansado y decidí hacer otra visita, antes de volver a mi apartamento.

Tomé un taxi y le di la dirección del *bungalow* de Cynthia Forrester, en el Ocean Boulevard.

Las luces del *bungalow* estaban apagadas. Miré el reloj, no era fácil que Cynthia estuviese ya durmiendo. Lo más posible era que no estuviese siquiera.

Pulsé el llamador.

Sonó distante pero con fuerza.

No acudió nadie.

Yo tengo un remedio para esos casos. Saqué un estuche plano del bolsillo interior de mi americana y elegí una ganzúa.

La apliqué en el ojo de la cerradura y tras una breve manipulación la puerta cedió. Miré a mi alrededor. No vi a nadie que hubiera podido advertir mi pequeña manipulación.

Entré, cerrando de nuevo a mi espalda.

Siempre llevo una linterna delgada como un lapicero, entre lo que yo llamo mis útiles de trabajo, pero muy potente.

La encendí y dirigí el haz luminoso a mi alrededor.

Crucé el *hall* y me asomé a una habitación. Era un saloncito. Luego lo revisaría. Seguí pasillo adelante.

Abrí otras puertas, un cuarto de baño, un despacho biblioteca, la cocina, el *office*, planchador, cuarto de armarios y al fin el dormitorio. Estaba vacío.

Volví atrás, regresando al despacho biblioteca. Comencé a revisarlo todo, dejándolo luego tal como lo encontraba. Me auxiliaba de un pañuelo para no dejar por todos los sitios mis impresiones digitales. Nunca se sabe...

En un cajón de la mesa encontré varios estuches de cerillas con

el nombre y la dirección del Cupidos Club, y al fondo una pequeña llave plana. Me levanté y fui mirando los cuadros de la estancia por detrás. No tardé en dar con la caja. Quizá habría suerte y sólo estaría cerrada con llave, pues la llavecita encajaba.

La hubo y se abrió. Fruncí el ceño al iluminar su interior. Estaba vacía.

La cerré de nuevo y me dirigí al saloncito que había visto entrar. Apenas rebasar el sofá del tresillo lo vi.

El mueble impedía descubrirlo desde la puerta.

Estaba caído de bruces. Me acuclillé junto a él.

Lo volví y pude ver la mancha de sangre a la altura de su corazón. Aún no se había enfriado del todo.

Le revisé los bolsillos sin encontrar nada de interés, salvo un estuche de cerillas del Cupidos Club, lo dejé todo donde lo había hallado y dirigí el haz de la linterna hacia su carnet de conducir. Se había llamado Albert Fowler. No pude encontrar el arma por allí.

Aquello no beneficiaría a Cynthia. Un cadáver en casa es siempre difícil de explicar.

Una cosa me llamó entonces poderosamente la atención al recordarla. El jarrón con flores de la entrada. Todo en la casa tenía una fina capa de polvo. Sin duda hacia algunos días que no se limpiaba. Pero las flores del recibidor eran frescas, no tendrían más de veinticuatro horas, y eran de la misma clase que las del jardincillo de la entrada. Esa incongruencia hizo que fuera a echarles un vistazo.

Las saqué del jarro con extremo cuidado. Los tallos estaban secos. Para mí era suficiente.

Metí la mano en el interior y toqué una pistola y un paquete. Los saqué.

No podía dejar el arma allí. Ahora tenía mis huellas y tal vez las de alguien más. Me maldije por no llevar guantes. La coloqué en mi cintura sujeta por el cinturón, entre el pantalón y la camisa.

Abrí el paquetito y silbé de asombro. Contenía sobrecitos de un polvo blanco. ¡Drogas! Apresuradamente lo envolví de nuevo y me lo puse en el bolsillo.

Mi obligación, que conocía muy bien además como expolicía, hubiera sido coger el teléfono y llamar al precinto más cercano, pero aquello comprometía gravemente a la hija de mi cliente y no

quería hacerlo sin hablar primero con ella o con el viejo Forrester. Al fin y al cabo, ahora ya no era un poli sino un simple fisgón y podría tener problemas a mi vez por mi forma de entrar.

No vacilé. Me dirigí a la puerta. Eché un vistazo al exterior. No se veía a nadie. Salí rápidamente, cerrando de golpe y me alejé de allí.

Apenas estaba a una cuadra de distancia cuando oí la sirena y divisé las luces del coche policial. Se detuvo ante la puerta del jardincillo que llevaba al *bungalow* del que acababa de salir y bajaron cuatro hombres. A pesar de la distancia, reconocí al teniente Hawkins.

Respiré hondo. Por unos segundos no me había sorprendido allí. Y yo no era fruto de la devoción de Hawkins.

Hubiera peligrado mi licencia y tal vez yo mismo.

¿Quién podía haberles avisado?

¿Me había visto entrar el asesino y quería que yo cargara con el muerto?

CAPÍTULO IV

Dormí muy aguadamente. Tuve una pesadilla en la que se entremezclaban los cuatro mastodontes de Slim, las piernas de Rosie, el cuerpo desnudo de Miriam y la fea cara del teniente Hawkins.

Era ya muy entrada la mañana cuando me desperté sudando. Me preparé un Johnny Walker con mucho hielo y me metí en la ducha.

Enfundado en el albornoz, llamé a Rosie a la oficina. No había ninguna novedad, excepto unas diez llamadas de Porter S. Forrester. Le dije que cerrara y pasara a recogerme.

Serían las doce cuando llegó. Ya estaba vestido y afeitado. Enarcó las cejas cuando se apercibió de las marcas que revelaban en mi rostro mi «conversación» de la noche anterior.

—¿Te caíste de la cama? —dijo sarcásticamente, mientras se dejaba caer en un sofá frente a mí.

Cruzó las piernas con descuido y me ofreció una buena ración de agradables vistas.

Traté de alejar de mi mente los pensamientos que éstas me sugerían, desviando la mirada muy a mi pesar.

En respuesta a su pregunta le hice un detallado relato de cuánto había acaecido el día anterior, excepto a cómo se había desarrollado mi entrevista con Miriam.

Traía dos periódicos de la mañana. Con grandes titulares hablaban de un cadáver hallado en el *bungalow* de la hija del millonario Forrester, misteriosamente asesinado.

Albert Fowler, muy conocido entre las damas como Bertie, era un macarra acabado. Últimamente acompañaba asiduamente a Cynthia Forrester. Mucha gente les había visto juntos.

El arma homicida había sido una pistola del 7' 65 mm.

No se había hallado.

Nelson fue hacia el escondite donde la había incorporado a las de Cara Aplastada y Cabeza Rapada.

Extrajo el cargador y la bala de la recámara. El cañón olía muy débilmente a pólvora, pero faltaba un proyectil y el arma era del 7' 65 mm.

Sin duda era la misma.

¿Sería de Cynthia?

La policía buscaba con ahínco. Era raro que Hawkins o el sargento Finney no me hubieran ya visitado, si Forrester les había dicho que me había contratado para encontrarla y saber de sus problemas.

¿Tenía la heroína de los sobrecitos algo que ver con esos problemas?

¿Por qué los dejaron allí? Valían un buen puñado de dólares.

¿Y la pistola? ¿Por qué no se la llevaron o la arrojaron junto al cadáver? ¿Por qué la pusieron en un jarrón donde, tarde o temprano, la hallaría la policía?

Suerte que yo la tenía en un magnífico escondite, porque no era prudente conservarla.

Se lo expuse todo a Rosie. Me preguntó si sabía si Fowler tenía antecedentes como drogadicto o como suministrador.

Lo ignoraba. Pero sería interesante saberlo.

Podía llamar al viejo Fred, encargado de los archivos de la policía. Conservaba una buena amistad con él. Le pediría reserva.

Llamé y al cabo de unos segundos lo tenía al otro lado de la extensión. Me dijo que la ficha de Fowler estaba sobre la mesa del teniente Hawkins, pero que la había leído aquella mañana antes de entregársela a primera hora. No, no tenía antecedentes en ese campo, pero en cambio supe que hacía unos meses se le había acusado de extorsión, aunque no se le pudo probar. Le di las gracias diciendo que le enviaría unos cigarros y colgué.

Rosie había escuchado por el otro auricular.

Lo que no sabíamos, ni Fred, ni Rosie, ni yo, era que Hawkins lo había escuchado también. Al enterarse de que yo llamaba, quiso ver qué tenía que preguntarle a Fred.

—¿Por qué me has hecho venir tan pronto, Roy?

—Tenía ganas de verte.

Había sinceridad en mi voz.

—Desde hace un año que me ves cada día —sonrió Rosie.

—No como yo quisiera —dije con descaro.

Rosie me miró fijamente, sin sonrojarse.

—Ya te dije lo que había al respecto, Roy.

—Sí, lo de la vicaría —dije con pesadumbre.

—Habrá que buscar alguna solución a tu problema —rió Rosie.

—¿Crees que puede haberla?

—Tal vez —dijo dubitativa, mirándome—. No estás nada mal. Cabellos cobrizos, ojos verdes, 1,80 de estatura, fuerte... A lo mejor un día me encuentras débil y te ahorras la vicaría. Serías el primero, Roy, a quien le propongo esto.

Aquello me animó. Rosie me atraía en todos los aspectos.

Me levanté y me senté junto a ella en el sofá.

—¿Por qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy? —dije.

Ahora fue Rosie quién se levantó.

—Dije si un día me encuentras débil, Roy —dijo quedamente—. No hoy.

—Está bien, Rosie, dejémoslo así.

—¿Amigos? —preguntó.

—Claro —sonreí, poniéndome en pie.

Se alzó sobre las puntas de los pies y me besó suavemente. Sentí como si una descarga eléctrica me recorriera la espalda.

—No lo hagas más difícil, Rosie...

—Tienes razón, Roy. ¿Salimos ya?

—Es pronto aún para ir a comer, pero podemos tomar un aperitivo en cualquier sitio.

Nos dirigimos a la puerta del apartamento. Abrí. Hawkins estaba al otro lado a punto de oprimir el timbre.

—Ya veo que además de meter la nariz donde no le importa, se divierte, fisgón.

Nos empujó suavemente haciéndonos retroceder y entró, cerrando la puerta tras él.

—No le dije que pasara —gruñí desabridamente.

Aquel fulano me ponía enfermo.

Pareció ignorar mis palabras y se dejó caer en mi sillón favorito valorando a Rosie con aprobación.

—¿Por qué llamó a Fred? —espetó de pronto.

Me hice el tonto.

—¿Fred?

—Fred, el encargado de nuestros archivos.

Recalcó la palabra «nuestros» y ello me hizo aumentar la antipatía que tenía hacia él.

¿Cómo sabía que le había llamado?

—Nos escuchó, ¿eh? —aventuré.

Movió afirmativamente la cabeza.

—¿Quién es ella? —preguntó, señalando a Rosie con la cabeza.

—Mi secretaria —dije secamente.

—¿La necesita en su apartamento? —preguntó con sorna. Me sofiqué. Aquel tipo ya me los estaba tocando.

Rosie le miró con cara de pocos amigos. Se dirigió a él como una flecha y antes de que Hawkins pudiera prevenirse le largó un sonoro bofetón.

—¡Cerdo! —dijo enfurecida.

Hawkins no se inmutó, pero palideció levemente, y cambió de tema. En realidad ya le habían dado una respuesta a su cochina pregunta.

—¿Por qué preguntó por datos de Fowler?

—Curiosidad al leer el periódico. Soy un fisgón, ¿recuerda?

—No toleraré que enrede ese caso, inmiscuyéndose en él, sin que nadie le haya dado una vela en el entierro. ¿Entiende, Nelson? Si lo hace, haré que le retiren su licencia.

—Nadie me amenaza en mi casa, Hawkins —gruñí entre dientes—. Si soltó ya todo su veneno, lárguese. Tenemos prisa.

Hawkins se levantó con el rostro encendido por la furia.

El mío debía de estar poco menos que igual.

—No olvide lo que le he dicho, Nelson. No quiero verle en este asunto.

No quise decirle que actuaba contratado por Porter S. Forrester. El nombre del viejo le impresionaría. Pero pensé decírselo en la próxima ocasión. Tal vez aquella misma tarde, porque su camino y el mío iban a cruzarse muchas veces.

—Hasta luego, polizonte.

No le gustó que le llamara así. Me lo demostró dando un violento portazo, después de mirar a Rosie de reojo.

—Muy bien, nena. Te has portado —dije acariciando a Rosie en la mejilla—. Ese cerdo se ha llevado lo suyo.

Sonrió ampliamente. Nos dirigimos juntos a la puerta.
Y esta vez salimos.

Aparqué mí «Chrysler» en Buena Vista Avenue, muy cerca del Luigi's.

Luigi Mazzola era el orondo propietario de la Pizzería-Ristorante. Vestía de un immaculado blanco y se cubría la cabeza con el típico gorro de cocinero.

Se deshizo en saludos mientras nos acompañaba a la mesa que nos había designado. Sus manos decían casi tanto como su boca. Era un tipo pintoresco, pero amable.

El local era de más lujo del que podía imaginarse desde el exterior. Y los precios eran acordes a ese lujo. Comprendí de inmediato que lo frecuentase la hija del millonario.

Había bastante clientela. Eché un vistazo en derredor, pero no vi ningún rostro conocido.

Servían camareros con pantalón negro, camisa blanca tipo blusón y chaleco también negro con botones plateados. Llevaban una roja faja arrollada a la cintura.

Empezamos una botella de rojo «Chianti», mientras esperábamos la comida.

Mediada la comida aproveché la presencia del camarero para hacer mi primera pregunta.

—¿Suele aún venir con frecuencia la señorita Forrester?

—Hace unos días que no nos visita, señor. Pero es buena cliente.

—¿Solía venir sola? —indagué.

Me miró reticente.

—No sé si debo responder a eso, señor.

Discretamente le largué diez pavos. Respondió.

—Solía venir con un señor al que llaman Bertie, al menos últimamente. Un par de veces les acompañó un italo-americano. Don Salvatore Toressi. Creo que es el dueño de un club llamado Cupido's...

Ignoraba que Toressi fuera el dueño de Cupido's.

Aunque en mis años de policía oí frecuentemente hablar de él. Era una presa codiciada del Departamento, pero nunca pudimos probarle nada.

Aquello era un auténtico rompecabezas.

Lo que no me gustó nada fue conocer esa nueva amistad de Cynthia. ¿Qué la unía a esa gente?

Lo comenté con Rosie.

—Tal vez la extorsionan, Roy.

Era una posibilidad que ya se me había ocurrido.

No pude saber nada más de Cynthia Forrester en el Luigi's,
de modo que me limité a comer y bromear con Rosie.

CAPÍTULO V

Hemos terminado de comer. Le sugiero a Rosie que pase por la oficina para ver si hay algo nuevo. Quedo citado otra vez con ella a las siete para ir al

Cupido's.

Tengo el convencimiento de que acompañado llamaré menos la atención. Antes quiero hacer un par de visitas.

Voy al volante de mi coche, camino de la primera.

El barrio en que estoy es sucio y deprimente. Hay montañas de cubos de basura en los callejones.

Las casas son antiguas, la mayoría de ladrillo, con las escaleras para caso de incendio a la vista.

Me meto en un oscuro portal, Barney Wells vive en el segundo. La escalera y los pasillos no tienen demasiada luz. Nadie se ha molestado en reponer las bombillas fundidas.

Llamo a la puerta que según creo recordar es la suya y espero. Oigo descorrer el cerrojo y el mismo Wells me abre. Entro sin vacilar.

—¡Hola, teniente! —me saluda con desgana—. No va a involucrarme en nada, ya no toco estupefacientes, vivo honradamente, ¿sabe?

—Ya no soy teniente, Barney. Dejé la policía.

Me mira con asombro.

—¿Entonces?

Me saco uno de los sobrecitos de droga que encontré en el *bungalow* de Cynthia y se lo muestro.

Lo abre con todo cuidado y pone uno de sus dedos en el polvillo, llevándoselo luego a la punta de la lengua.

Silba de aprobación.

—Es mercancía de primera, Nelson. Nunca la vi igual, salvo la que...

Se interrumpe.

Le miró fijamente.

—¿Y bien?

—Nada, eran viejos recuerdos. ¿Qué pretende exactamente?

—¿Que me digas quién tiene esa distribución aquí en Frisco?

—No lo sé, Nelson. De veras que no lo sé.

—Lo sabes, Barney. Y vas a decímelo.

—No puede obligarme a nada. Usted lo dijo, ya no es policía.

—Eso es lo de menos, Barney. Y tú lo sabes. Me basta dejarte un par de sobrecillos encima de la mesa y llamar al precinto diciendo que te pesqué vendiéndola. ¿Recuerdas al sargento Finney? Le gustará verte.

—No puede hacerme eso, Nelson —gimoteó—. No es legal.

—Puedo hacer eso y puedo además sacudirte hasta que cantes.

—Me matarán, Nelson. Me matarán si hablo.

—Acabaste mi paciencia, Barney. No digas que no te avisé.

Lo agarré por las solapas y lo atraje hacia mí. Alcé la mano derecha. Me conocía bien, de tiempo atrás, y se ablandó.

—Mike *el Hurón* tiene a veces. Creo que alguien se la da en el Cupido's.

—¿Dónde puedo encontrar a Mike?

—Suele ir por el

Flower's.

—¿El salón de máquinas tragaperras?

—Sí, eso es. Pero por el amor de Dios, Nelson. No diga que yo se lo dije. Hay peces muy gordos en eso, según dice Mike. Me matarían.

Lo solté. Por Barney ya no sabría más. Le dejé veinte dólares sobre la mesa por la información y me dirigí a la puerta.

Wells no hizo ademán de tomarlos. Estaba muy asustado.

—Recuérdelo, Nelson. No le vi. ¿Qué le importa todo eso?

Cerré la puerta sin responderle. En realidad me importaba una mierda si lo mataban o no.

El

Flower's

Saloon estaba muy concurrido. Una densa atmósfera de humo y un agrio olor a sudor llenaban el ambiente.

Me acerqué al encargado al no ver por allí a Mike.

—¿No ha venido Mike? —pregunté elevando la voz sobre el ruido ensordecedor.

Me miró especulativamente.

—Hay muchos, Mike —gruñó.

—Mike *el Hurón* —especifiqué.

—¿Para qué le buscas?

—Le han concedido el Pulitzer.

Se dio por aludido.

—Viene más tarde —dijo secamente, y se alejó.

Decidí esperarlo. Eché un vistazo en derredor. Había máquinas de todas clases, pulsando un botón podías lanzar misiles y derribar *migs* rusos en una pantalla o destruir una cuadrilla de Ovnis invasores con gran efecto sonoro.

Opté primero por matar unos cuantos indios y luego saqué una moneda del bolsillo y la introduje en la ranura de una máquina que anunciaba *streep-tease* a 10 centavos. La cinta estaba muy vieja y se cortó antes del final. Me cabreó bastante.

Me gasté un par de dólares en varios cacharros antes de ver al Hurón.

Me reconoció de inmediato y vaciló entre acudir a mi seña o largarse volando. Me abrí paso hacia él para solucionar su dilema.

—Hola, Hurón —saludé.

—¿Qué tal, teniente?

No le saqué de su error. Si creía que aún lo era, mejor.

Extraje de mi bolsillo uno de los sobrecitos y se lo tendí. Lo tomó y echó a andar hacia un rincón de la sala. Lo seguí.

Realizó la misma operación que Barney. Sus ojos brillaron por un momento.

—Si quiere saber si es buena, Nelson, es de la mejor calidad que he visto —dijo devolviéndome el envoltorio.

—¿Quién la reparte, Mike?

—Lo ignoro, Nelson. Yo estoy retirado de eso.

—No son ésos mis informes...

—¿No?

—Me dijeron que en cierto club la obtenías de calidad.

El Hurón palideció.

—¿Quién se lo dijo?

—¿Importa eso?

—Mintió, Nelson. No sé de qué me habla.

—Puedo ir allí y preguntarlo.

—No haga eso, Nelson —dijo rápidamente—. Me crearía un gravísimo problema.

—Ya tienes un problema, Mike.

—¿Cuál? —inquirió.

—Que yo sepa la verdad, Mike.

El Hurón permaneció en silencio. Sopesaba la situación.

—Está bien, teniente —dijo de mala gana—. Alguna vez reparto alguna pequeña cantidad por cuenta de Toressi. Con según qué clientes no quiere que se sepa que la «nieve» procede de él. Entonces me utiliza a mí, en vez de a sus muchachos.

—¿Cuándo trabajaste para él la última vez?

—Hace seis días.

—Y eso que te habías retirado. Eres un hijo de perra, Hurón.

—Compréndalo, teniente. De buenas a primeras no puedo ir por ahí diciendo según qué cosas. No se puede jugar con Salvatore Toressi.

—Ni conmigo —dije—. ¿Qué sabes de Bertie Flower? —añadí luego.

—¿El tipo que han matado? —Hizo una pausa—. Era un figurín. Siempre estaba rodeado de mujeres con pasta. Era muy amigo de Toressi.

—¿Tenía algo que ver con la droga?

—No. No que yo sepa. Pero creo que debía saber que en el Cupido's se negociaba con ella.

Saqué la fotografía de Cynthia.

—¿Le viste alguna vez con esta chica?

—Un bombón así no pasa desapercibido, teniente. Sí, los vi algunas veces juntos.

Me la devolvió.

—¿Te compró ella droga alguna vez? —inquirí guardando la foto.

—No. Ni él tampoco.

—¿Pudo habérsela vendido Toressi?

—No lo creo. Una cosa era que muy contadas personas supieran

que allí podrían encontrar una droga y otra que él era quien la vendía.

—Bien, gracias por tus informes, Hurón. No diré quién me los dio. Y por esta vez olvidaré que vendías.

—No, no me lo tenga en cuenta, teniente. Era poca cantidad. La justa para ir viviendo.

—Deja de llamarme teniente, Mike. Ya no lo soy. Dejé la policía.

—¡Maldita sea! ¿A qué viene entonces tanta pregunta?

—Me establecí como detective privado, Hurón. Eso es todo.

—¡Maldito hijo de puta! —Gruñó.

No valía la pena que le rompiese los dientes.

Sonreí.

—Adiós, hermano —dije alejándome.

Cada vez tenía más piezas de aquel *puzzle*. Luego tendría el problema de ver cómo encajaban.

Al salir del

Flower's

Saloon, que olía a todo menos a flores, me introduje en un *drugstore* que encontré a dos cuadras. Pedí un escocés con hielo y la guía telefónica.

Busqué el número de Forrester y lo memoricé para lo sucesivo. Fui a la cabina y disqué su teléfono.

No tardó en ponerse y en rugir al aparato.

Puse más monedas y aguardé pacientemente. Al fin, al no oír mi voz, se cansó y preguntó:

—¡Eh! Nelson. ¿Está usted ahí?

Gruñí.

Me entendió.

—Está bien, le escucho, Nelson.

—Me pidió resultados, Forrester, y los tendrá. Cualquier rato le visitaré para darle cuenta de mi trabajo, aunque no es mi costumbre hasta que lo termino. De momento sepa que su hija se hubiera encontrado en un serio aprieto, de no haber estado yo allí antes que la policía.

—¿Vio el cadáver de ese Fowler?

—Sí. Y también la pistola y varias dosis de heroína...

—¡Santo cielo! La policía...

—La policía no sabe nada de la pistola, ni de la droga, Forrester. Me las llevé.

Se oyó un suspiro al otro lado del teléfono.

—¡Gracias, Nelson! Tendré en cuenta eso que ha hecho por mi hija... ¡Por Dios, encuéntrala...!

—Quiero dejar bien sentado una cosa, Forrester. Me llevé lo que le he dicho, porque no creo culpable a su hija. Si creyese lo contrario, la pistola y las drogas seguirían allí.

—Entiendo eso, Nelson. Pero Cynthia no es culpable.

—Así lo espero, Forrester. Y ahora, adiós.

No le di tiempo a responder. Colgué el aparato.

Miré el reloj. Faltaba ya poco para encontrarme con Rosie.

CAPÍTULO VI

Recogí a Rosie.

Conducía mí «Chrysler» como un autómatas. Mis células grises funcionaban a toda velocidad.

Rosie me contemplaba respetando mi silencio.

Le conté mis visitas de aquella tarde y mi conversación con Forrester.

—¿Qué piensas de todo ello, Roy?

—Aún tengo muchas lagunas, Rosie. Pero todo va encajando.

—¿De veras? —dijo en tono de burla.

—Tengo que encontrar a Cynthia. Esa chica es el centro del rompecabezas.

—¿Crees que puede estar en el Cupido's?

—No lo creo. Aunque tal vez esté en peligro.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, Rosie. Si estuviera muerta, sobraba dejar el cadáver de Fowler en su *bungalow*, con la pistola y las drogas. Si como parece todo ha sido para incriminarla, es porque aún está viva.

—¿No pudo ella matar a Fowler?

—¿En su *bungalow*? No. Lo hubiera hecho en cualquier otro sitio, pero no allí. El cadáver de un asiduo acompañante en su casa no iba a favorecerla. No, yo creo que intentan matarla. Según su padre, tuvo dos accidentes graves de, los que salió incólume. Posiblemente no hayan querido insistir y tratan de eliminarla acusándola de un crimen y tal vez de tráfico y consumo de heroína.

—Parece lógico expresado así —aprobó mi compañera.

Ya no volvimos a hablar antes de llegar ante la fachada del dorado

Cupido's.

Un uniformado portero con aparatosos entorchados dorados nos recogió el coche y fue a aparcarlo, mientras entrábamos.

El

Cupido's

no era el mejor *night-club* de San Francisco, pero tampoco podía catalogarse entre los de segunda categoría. Su decoración era alegre y a la vez fastuosa. El público era selecto.

Disponía de una pista central móvil muy espaciosa, circundada de mesas. Al fondo había adosados a las paredes acogedores reservados y una barra de bar.

Ocupamos una de las mesas frontales de pista. El espectáculo iba a empezar. Las parejas que habían estado bailando se retiraban lentamente. La iluminación decreció hasta hacerse más tenue.

Se encendieron las luces circulares de la pista y los focos de color la iluminaron.

Sonaron las notas de un *blues* y una negra apareció en el centro del círculo de luz. Se movía cadenciosa, suave e incitante a la vez, siguiendo la música. Pronto comenzó su *strip-tease* al compás de la canción.

Las luces se apagaron cuando unas minúsculas braguitas plateadas caían a sus pies. Cuando la luz se encendió de nuevo, la pista estaba vacía. Siguieron dos *strip-tease* más parecidos al primero. Luego sonaron las notas de una popular melodía italiana e hizo su aparición en la pista la estrella del

Cupido's,

Liliana della Fiore.

Era alta, esbelta, ondulante, sinuosa y terriblemente bella. Podían aplicársele éstos y otros muchos calificativos.

La contemplé con la boca abierta, admirándola. Cerré de golpe la boca al recibir un codazo de Rosie.

De reojo pude advertir que me miraba entre furiosa y enojada. Sin duda no opinábamos igual en cuanto a belleza femenina se refiere.

Liliana nos empalagó con dos canciones más y se retiró arropada por numerosos aplausos.

—Voy a charlar un momento con el barman, nena. Ahora vuelvo.

Rosie fue a decir algo, pero sin duda lo pensó mejor y mantuvo

la boca cerrada. Buena chica.

Me levanté y fui hacia la barra del bar, sorteando las mesas. Me acodé en un extremo. El barman acudió solícito con una estereotipada sonrisa como la de quien anuncia un dentífrico.

—¿Qué le sirvo?

Le pido un «Johnny Walker» con cubitos de hielo.

Naturalmente, etiqueta roja.

Cuando lo deposita delante mío, aprovecho para enseñarle la fotografía de Cynthia y dos «pápiros» de cinco pavos.

Por lo que pueda pasar, en un alarde de inteligencia, agarra los dos billetes y los hace desaparecer. Más de un prestidigitador envidiaría su rapidez.

Trata de que su expresión no cambie al ver la fotografía, pero advierto enseguida que conoce a Cynthia.

Me mira inexpresivo. Tiene madera de actor. Y caradura, también.

—¿La conoce? —le pregunto.

Parece titubear.

—¿Debo conocerla? —pregunta sonriente.

Siento ganas de borrarle su estúpida sonrisa de un guantazo, pero me contengo y digo amablemente:

—Creo que viene mucho por aquí.

Vuelve a mirar la fotografía, con aire dubitativo.

Le muestro otros dos billetes.

Esto parece estimular su memoria.

—Sí, ahora recuerdo. Viene con un tal Fowler. —Y me entrega la foto.

—¿Son amigos del señor Toressi?

No le gusta mi pregunta. Lo leo en su rostro.

—Creo que sí —dice sin comprometerse—. A veces les he visto ir a su despacho.

Es cuanto necesito saber. Acabo de decidir conversar con Salvatore.

El barman alarga la mano hacia los dos billetes que sostengo en la mano.

Esta vez yo soy el más rápido. Me guardo uno y dejo caer el otro sobre la barra.

—Por el *whisky* —digo, guiñándole un ojo.

Mi desprendimiento no parece entusiasmarle y masculla algo entre dientes. Yo también me acuerdo mentalmente de la suya.

Me dirijo hacia las cortinas rojas que separan la sala de los vestuarios y de la gerencia.

Nada más trasponerlas me doy de bruces con un elefante.

Bueno, con un tipo de esa envergadura. Sin duda, un guardaespaldas de Toressi.

Me mira de arriba abajo y frunce el ceño.

No debo ser su tipo a juzgar por la cara que pone.

—¿Adónde va, amigo? —Ladra con voz ronca, al tiempo que apoya su dedo índice en mi pecho.

—A ver a tu amo —digo con ánimo de ofenderle.

El tipo me cae gordo.

—Gino tiene patrón, no amo —gruñe.

Me encojo de hombros para darle a entender que me da igual. He conseguido picarlo.

—Dile que Roy Nelson desea hablarle.

—Ahora, imposible.

No estoy conforme y se lo demuestro.

Me agacho como si fuera a atarme el zapato. Pero en realidad lo que hago es hundir mi cabeza en su estómago. Cuando se inclina a su vez, le lanzo un demoledor puñetazo al mentón y otro entre los ojos. Se desploma sentado. Un rodillazo en la sien lo acaba de dormir.

Abro su americana y saco su «petardo» de la funda sobaquera. Es un pistolón de gran calibre. Vado su cargador en mi bolsillo y lo reintegro a su funda.

Nunca me han gustado ciertas clases de sorpresas.

Un poco más lejos, al fondo del pasillo, leo el «PRIVATE» que corresponde al despacho de Toressi. Me dirijo hacia allí y abro la puerta sin llamar. Entro y cierro de nuevo a mis espaldas.

Un individuo casi calvo, bajo y regordete se pone nerviosamente en pie tras la mesa escritorio.

El puro que lleva medio caído entre los dientes no le impide gritar:

—¡Gino!

—En este momento no podrá venir, duerme —digo tranquilamente dejándome caer en un cómodo butacón frente a la

mesa de despacho.

Enarca sus espesas cejas y me mira incrédulamente.

—¿Quién es usted? —inquire tras un breve examen.

—Roy Nelson —respondo.

—¿El teniente de policía?

Sin duda no carece de información, aunque no la tenga al día.

—Ya no.

—¿Y Gino? —pregunta.

—Ya se lo dije, duerme. No quiso pedirme audiencia y me enfadé.

—Podría acusarle de allanamiento, Nelson. No me gustan sus modales. Y menos sabiendo que ya no es un polizonte.

—Yo podría hacerlo de cosas más graves, Toressi.

—¿Por ejemplo?

—Drogas —digo secamente.

Me mira fijamente y luego emite un cacareo que quiere ser risa.

—No habla en serio, ¿verdad?

No respondo. Saco de mi bolsillo un par de sobrecitos de «nieve» y los dejo sobre la mesa.

Los mira y por la forma de hacerlo comprendo que los ha reconocido. Sus ojos porcinos se clavan en los míos.

—¿Qué pretende, Nelson? —pregunta lentamente.

—¿Qué tiene que ver esto con Cynthia Forrester?

—No vamos a entendernos así, Nelson, salvo que respondamos a nuestras preguntas. Dígame qué pretende con esos paquetitos y tal vez podamos hablar entonces.

—No es ésa mi costumbre, Toressi, pero vamos a probar. Me han contratado para hallar a Cynthia Forrester. Ayer se encontró muerto en su *bungalow* a Bert Fowler, un asiduo acompañante. Cynthia ha sufrido recientemente dos accidentes de los que ha salido ilesa milagrosamente. Sospecho que esos paquetitos de droga que estaban en su casa los han dejado para inculparla del consumo o de tráfico.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Usted lo sabe tan bien como yo, Toressi. Esos sobrecitos han salido del Cupido's.

No voy a aclararle por qué lo sé, pero es así. Me importa muy

relativamente eso, al menos por el momento, pero no me iré sin saber qué tiene que ver con Cynthia. ¿Fue ella quien los llevó a su *bungalow*? O en caso contrario, ¿quién y por qué los puso allí? ¿Y dónde está ella?

Toressi me escuchaba pensativo, tabaleando con los dedos de su mano derecha sobre la pulida superficie de la mesa.

—No sé dónde está la chica, figón. Ni tampoco sé nada de la droga. Si sólo vino para averiguar lo que yo sabía de eso, ya lo sabe, de modo que lárguese.

En aquel momento, Gino, el paquidermo, irrumpió en la estancia empuñando su pistola. Nos miró alternativamente y luego se quedó mirando a su jefe, esperando órdenes.

—¡Estúpido! —gritó Salvatore Toressi, dirigiéndose hacia el recién llegado—. Ya era hora. Cierra la puerta y llévate a dar un paseo. No quiero volverlo a ver —añadió señalándome con el dedo.

—No necesito niñera, Toressi. Puedo salir solo.

—Se equivoca, Nelson —dijo Salvatore Toressi, metiendo en el cajón de la mesa los envoltorios de droga—. Pregunta demasiado para ir solo por ahí. Buen viaje al infierno.

Gino me clava su artillería en los riñones y me empuja hacia la puerta.

—¡Arrivederci, Salvatore! —digo a guisa de despedida.

Toressi no me responde y salimos al pasillo. Liliana está allí junto a la puerta. Nos mira en silencio. Yo diría que está preocupada.

Me paro, Gino aumenta la presión en mis riñones. No me gusta. Me giro como una centella y golpeo con el dorso de la mano su muñeca. El arma cae al suelo. Lo he conseguido sin riesgo, puesto que había descargado antes su arma. La sorpresa de Gino es enorme.

Le atizo una señora patada en el bajo vientre y se revuelve llevando las manos a la entrepierna. La puntera de mi zapato ha hecho una buena carambola, basta ver el tono terroso que tiene la cara del paquidermo. Decido que no sufra más y le disparo un puntapié en la barbilla que lo duerme por segunda vez en aquella tarde.

Liliana sigue apoyada en la pared mirándome entre sorprendida y admirada.

—Les oí antes de que entrara Gino. Sé algo que le interesará, señor Nelson. Le espero esta noche a las dos en mi apartamento.

Me observa y al ver mi expresión añade:

—Le estaré esperando... y sola.

A continuación me da su dirección y se aleja hacia su camerino. La veo marchar con ondulante contoneo de caderas. La chica tiene clase.

Recojo el pistolón de Gino y me lo echo al bolsillo. Nadie nos ha visto. Dejo al pobre paquidermo en el suelo y me voy hacia la sala. De lejos veo a Rosie enfurruñada.

—Vamos —le insto al llegar junto a ella.

—¿No vas a sacarme a bailar? —dice con sorna.

—No, muñeca —le digo—, lo que voy a tratar es de sacarte antes de que empiece el baile.

Tiro unos billetes sobre la mesa y agarrándola del brazo me la llevo hacia la puerta. La chica me secunda bien. Es lista y ha comprendido.

CAPÍTULO VII

De nuevo en mí «Chrysler» le cuento a Rosie mi conversación con Toressi.

No he sacado mucho en limpio, aunque opina que tal vez es cierto que no sabe nada de Cynthia.

Tengo hambre y eso hace que posponga mis pensamientos para más tarde. Dejo que Rosie elija el restaurante y luego le propongo llevarla al cine.

No le digo, como es natural, que intento con ello matar el tiempo hasta el momento de entrevistarme con Liliana.

Elige Chez Jean, un pequeño restaurante francés. Me sorprende no haber estado nunca allí. Es íntimo, acogedor.

Dejo en sus manos el menú y encarga Vichysoise, Canard a l'orange y unos magníficos Creppes Suzette para postre.

Muchas veces hemos comido o cenado juntos, pero ahora me doy cuenta de que siempre fui yo quien eligió el lugar.

—Te llevaré a ver un James Bond, Roy. Será más adecuado que un novelón lacrimógeno —me dijo ya en el coche.

El hablarme del 007 me recordó el pistolón con silenciador de Gino que llevaba en el bolsillo izquierdo de la americana.

Lo saqué y se lo di.

—¿Para qué me das eso, Roy?

—Saca las balas que llevo en el bolsillo derecho y cárgala, Rosie. La llevaré en el coche, nunca se sabe...

Me metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de cartuchos que colocó sobre la falda. Hábilmente extrajo el cargador y me dijo sorprendida:

—Ya está cargada, Roy. ¿Es que no lo sabías?

Me atraganté al sentir como una bola de algodón en mi garganta. Gino no era tan idiota como supuse. Debí revisar la

carga y rellenó de nuevo el cargador.

No quise ni pensar en que hubiese dado aquel giro y el manotazo con más lentitud. Llevando el silenciador me hubiera liquidado allí mismo.

El edificio de apartamentos Bel Air, en la calle Quince, era una verdadera colmena. El vestíbulo tenía el tamaño de un campo de béisbol y seis ascensores. Tomé uno de la derecha y subí al piso doce. Seguí un iluminado pasillo y enseguida me encontré ante la puerta del apartamento de Liliana.

Alcé la mano para tocar el timbre, pero no llegué a hacerlo, pues me di cuenta de que la puerta estaba abierta.

No me gustó.

No era lógico.

Lamenté haber dejado la pistola de Gino en la guantera del «Chrysler». ¿Me tendía una trampa Liliana?

Pronto saldría de dudas. Empujé suavemente la puerta, desde uno de los lados, procurando no quedar visible desde el interior. No ocurrió nada. Por la rendija miré tras la puerta. Nadie.

Entré y cerré tras de mí.

Si había león, ya estaba yo en la jaula.

Atravesé el saloncito sin hacer apenas ruido. Abrí una puerta, era una cocina-office, luego otra, era el cuarto de baño. Sólo quedaba la del fondo del pasillo. Era el dormitorio.

Y allí estaba Liliana dormida.

Pero para siempre.

Un negro orificio en la frente, del que aún manaba un hilo de sangre, estropeaba la belleza de su rostro.

Estaba tendida al pie de la cama, boca arriba. La transparente negligée sin abotonar mostraba su cuerpo en toda su plenitud.

La admiré en silencio. Me parecía imposible que fuera la misma mujer que unas horas antes viera actuar.

¿Por qué la habían matado?

¿Qué sabía?

¿Qué podía decirme?

¿Quién la había asesinado?

Varias preguntas martillearon a la vez mi cerebro.

Me incliné y la toqué. Aún estaba caliente. Hacía poco que la habían asesinado.

Si quien había hecho el trabajo conocía mi cita con ella, actuaría como con Fowler. Es decir, que la policía se presentaría de un momento a otro. Tenía que evaporarme.

Pero no estaba dispuesto a hacerlo sin echar antes un vistazo, tal vez hallase alguna luz en aquel intrincado lío.

Ayudado por mi pañuelo, abrí la cómoda-tocador, el armario y las mesita de noche. No hallé nada que pudiera servirme de orientación.

Limpié las huellas de los tiradores de las puertas y regresé al saloncito de la entrada.

Di un vistazo en derredor. No vi, en principio, nada que pudiera revelarme el secreto que Lilian iba a llevarse a la tumba.

Todo eran fotografías de Liliana. Algunas casi lograron sonrojarme. Hacia el final encontré algo que me hizo silbar de asombro. Ante mí tenía una foto de Liliana y Albert Fowler, cogidos del brazo, y sujeta del otro estaba ¡Miriam! Y la fotografía no era actual.

Traté de concentrarme y pensar en lo que eso podía suponer. ¡Myriam y Albert Fowler!

¿De qué se conocían? Parecía hecha en el vestíbulo de un *cabaret*, que no pude reconocer.

Extraje la fotografía de las cartoneras que la sujetaban para llevármela, y entonces advertí lo que ponía al dorso, sin duda con la letra de Liliana.

«Los Fowler y yo —Chicago— Sphinx Club». Seguía una fecha de tres años antes.

Me quedé sin aliento. Myriam y Fowler no se parecían en nada, luego supuse que más que hermanos debían de ser matrimonio.

¿Sabía Forrester que su mujer había estado casada con el asiduo acompañante de su hija Cynthia? ¿El mismo que había sido asesinado en casa de la joven?

Me guardé la fotografía en un bolsillo.

Ninguna otra del álbum me reveló nada. Por el lugar donde había hallado el álbum, era lógico suponer que Liliana lo había dejado a mano para mostrármelo. Sin duda, al llamar su asesino, miró antes por el visor de la puerta y al no verme lo cubrió con el periódico antes de abrir.

Había obtenido un dato importante que abría muchos caminos

en mi investigación, pero ya nunca sabría qué quiso revelarme la hermosa cantante.

Dejé el álbum en una estantería de libros y el periódico sobre una mesa. Luego me asomé al corredor y al no ver a nadie allí salí rápidamente. No quise tomar el elevador. Descendí aprisa por las escaleras. El vestíbulo estaba desierto. Así que lo crucé casi corriendo y salí.

Respiré al alcanzar la calle.

Tuve una vaga impresión de que unos ojos me vigilaban, pero no vi nada que me lo hiciera suponer.

Eché a andar calle abajo. Apenas a una cuadra de distancia se divisaba la luz de la cabina telefónica. Me encaminé hacia ella. Estaba ya discando el número del precinto para denunciar anónimamente el asesinato, cuando el ulular de una sirena de policía se dejó oír.

Colgué mientras observaba que el coche se detenía frente al edificio donde Liliana tenía su apartamento.

El asesino no cedía en su empeño de intentar que la policía me enganchara rodeado de cadáveres.

Lo prudente era alejarse cuanto antes de allí, y lo hice con mi «Chrysler», que había dejado a dos cuadras de la casa de Liliana.

CAPÍTULO VIII

Al llegar a mi apartamento, no perdí el tiempo. Guardé la fotografía junto con la pistola y el paquete de envoltorios de droga en mi escondrijito secreto, y desnudándome a toda velocidad me zambullí en plancha sobre la cama.

Noté cómo mi cuerpo se relajaba agradeciendo el descanso. Apagué la luz de la mesilla de noche y rápidamente me hallé en mi harén rodeado de odaliscas. El jefe de los eunucos tenía una cara terriblemente parecida a la del teniente Hawkins.

Sonreí como un querube.

De pronto, desaparecieron las odaliscas que me acompañaban, incluso la que tenía entre los brazos. Sin duda las había asustado aquel ruido. Tardé un poco en identificarlo.

¡El teléfono! ¡Sonaba el teléfono!

Alargué un brazo hacia la mesilla y agarré el auricular.

—Diga —gruñí.

No me atreví a soltar un taco porque ignoraba qué hora era.

—¿Roy Nelson? —preguntó una voz dulce.

—Lo que queda de él —gruñí de nuevo.

Había logrado abrir un ojo y veía la esfera luminosa del reloj despertador de la mesilla. Eran las cinco y media.

Y a juzgar por mi cansancio, no eran de la tarde.

—Soy Cynthia Forrester —dijo la voz—. Necesito verle ahora.

—¿Ahora? —repetí como un sonámbulo.

—Estoy en la cabina que hay casi frente a la puerta —dijo sencillamente.

—Está bien, vaya hacia la entrada.

Me levanté y me dirigí al portero electrónico que había junto a la puerta. Oprimí el botón correspondiente.

Poco después oí el elevador detenerse en mi piso. Oí el taconeo sobre la moqueta del pasillo y cómo se paraba frente a mi puerta.

Abrió.

Una joven bellísima se enmarcó en el vano. Sentí que perdía la respiración. Era infinitamente más hermosa que tal como la reflejaba la fotografía que me diera su padre. En su mano derecha llevaba un pequeño maletín.

Su cabello era rojo como el fuego. Sus facciones eran casi idénticas a las de Marilyn Monroe. Y su cuerpo... ¡Bueno, eso sí que era un cuerpo!

Sonrió, mostrándome los blanquísimos dientes.

—¿Roy Nelson? —preguntó dulcemente, mientras me recorría de arriba abajo con sus ojos azul gris.

Me ruboricé al darme cuenta de que iba en pijama y no me había puesto la bata.

—Sí —respondí con un hilo de voz, mientras cerraba la puerta tras ella.

—Es urgente que hablemos, señor Nelson.

—Cierto. —Luego añadí—: Me contrató su padre.

—Lo sé.

—Perdone que no le haya ofrecido asiento —dije—. Aún estoy medio dormido. ¿Desea beber algo?

—No, gracias —dijo sentándose—. Supongo que mi padre ya le contaría que sufrí dos atentados y...

—El los llamó accidentes, los achacaba a que usted estaba muy nerviosa.

—Fueron atentados. Ambas veces trataron de matarme. Cuando pude comprobarlo sentí verdadero pánico. Busqué la protección de un buen amigo...

—¿Bert Fowler? —inquirí.

Me miró sorprendida y asintió, cruzando descuidadamente las piernas. Mi mirada se clavó en aquel par de maravillosas piernas, que la corta minifalda mostraba con generosidad.

No pareció importarle, aunque estoy seguro de que no dejó de advertirlo.

—Sí, Bertie me acompañaba a todas partes... hasta que lo mataron en mi casa. Habíamos quedado citados allí.

—¿Tenía él llave de su *bungalow*?

—No, claro que no —se sofocó Cynthia—. ¿Qué quiere decir?

—Simplemente lo que oye. Si él tenía llave.

—No. No la tenía.

—Luego alguien le abrió.

Me miró desconcertada.

—No sé quién —murmuró.

—¿Cómo se enteró de que le habían matado?

—Lo vi. Ya le he dicho que estaba citada con él. Sólo que yo debía de ser quien llegara antes y le abriera la puerta.

—¿Qué hizo entonces?

—Huir de allí. Era mi única salvación.

—¿Tocó algo?

—Claro. Estaba en mi casa, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Cómo podía suponer que le habían matado?

Realmente había hecho una pregunta idiota.

—¿Vio la pistola con la que lo mataron?

Movió la cabeza en sentido negativo.

—No —dijo—. No estaba allí.

—¿Qué me dice de las drogas? —Disparé, sin contestar a su pregunta.

—¿Drogas? —dijo, sorprendida.

—Heroína —remaché.

Me miró como si estuviera loco.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Mucho, o tal vez nada. Sin duda el asesino de Fowler dejó en su *bungalow* el arma homicida y un paquete conteniendo envoltorios de heroína. Con ello ya no haría falta intentar matarla de nuevo. Un cadáver en su casa, un paquete de heroína y el arma homicida, son más que suficientes.

—¡Dios mío! —exclamó, francamente asustada.

—No tiene nada que temer, Cynthia. Yo me llevé el arma y las drogas. No quise que la policía lo encontrara o tuviera noticias hasta que hubiéramos hablado. ¿Tenía usted una F. N., del 7,65?

—No, señor Nelson. Nunca tuve ningún arma. Me dan miedo. Ni siquiera sabría usarlas.

—¿No había más que amistad entre usted y el señor Fowler?

Yo mismo me extrañé de haber hecho tal pregunta y de mi ansiedad por conocer la respuesta.

Las mejillas de Cynthia Forrester se arrebolaron.

—Ya le dije que sólo amistad.

—¿Y entre él y Myriam, su madrastra?

La pregunta la desconcertó visiblemente. Primero enarcó las cejas, luego se encogió de hombros.

—No creo que se conocieran —dijo al fin con extrañeza.

—¿Quién cree que mató a Fowler? —Disparé de pronto, cambiando de tema.

—No lo sé. Le juro que no lo sé. Desde luego, yo no fui.

—Cynthia —dije tuteándole por primera vez—. Te das cuenta de que todo esto parece un complot contra ti. Primero intentan matarte, tras dos intentos fallidos, desisten y entonces matan a un hombre en tu *bungalow*, un asiduo acompañante, encima dejan un paquete de envoltorios de heroína que vale una fortuna. De por sí su tenencia es un delito grave.

La he tuteado porque al verla tan asustada me parece más niña, y me siento más impulsivo.

—Eso no es todo, Roy —me responde en igual tono—. Por eso estoy muy asustada. Han matado a Liliana della Fiore, la cantante del

Cupido's.

Me pregunto cómo lo sabe y se lo hago ver.

Su revelación me deja clavado en el sitio.

—Yo llegué a su casa y la encontré muerta. Ella sabía dónde me ocultaba yo. Me llamó por teléfono y me dijo que te esperaba. Me dijo que deseaba que yo también estuviera presente, pues tenía algo muy importante que revelarnos. Al verla sin vida, me asusté y huí sin pensar en nada más. No deseaba ser vista allí. No lo conseguí. Me crucé con un vecino de otro departamento del rellano en el elevador. Me devoró con la mirada —dijo, sonriendo a medias—. Sin duda me recordará. ¡También me achacarán ese crimen! Necesitaba verte. ¡Estoy muy asustada, Roy!

Quedé unos momentos en silencio. Mi mente trabajaba con inusitada rapidez. El sueño y el cansancio me habían desaparecido casi por completo.

—¿Dónde has estado desde entonces hasta que viniste aquí? —pregunté de improviso.

—Fui al apartamento que había alquilado para esconderme. Allí recogí mis cosas. Las tengo en esta maleta.

Señaló un pequeño maletín, que traía consigo.

—Sabrán que estuviste allí —dije pensativamente.

Sonrió.

—No. Lo alquilé como Susan Harper. Y allí me vieron siempre como una rubia. Tengo una peluca en ese maletín.

—¡Bravo! —exclamé—. Eres una chica lista. ¿Pero por qué lo dejaste?

—Tenía que verte. Hay que hacer algo para demostrar mi inocencia y hay que coger a quien quiere acabar conmigo. Por eso he venido. Mi padre siempre elige lo mejor. Tú sabrás cómo hacerlo.

Tenía más confianza en mí que yo mismo.

Pero no podía decepcionarla.

—¿Conoces a Toressi? —indagué.

—¿El dueño del

Cupido's?

Sí. Era amigo de Bertie.

—¿Tenían algún negocio juntos?

—No lo sé, Roy. A veces hablaban de entregar y pagar... pero nunca supe más. Delante mío sólo hablaban de trivialidades.

Sus piernas, exhibidas con despreocupación seguían teniendo un inmenso atractivo para mí. A decir verdad, me impedían concentrarme. Eran torneadas, tersas, de un blanco alabastrino.

Un blanco que me tenía negro.

Aquello no podía seguir así.

Y no siguió.

El timbre de la puerta comenzó a sonar con insistencia.

Cynthia se levantó de un salto.

Yo de otro, mientras me ponía un dedo en los labios indicándole silencio.

—Llévate el maletín y escóndete en mi dormitorio. No te preocupes, todo irá bien —susurré.

Ella me obedeció, caminando de puntillas.

El timbre seguía sonando locamente. Esperé un minuto y me acerqué a la puerta.

—¿Quién diablos llama? —Gruñí.

—¡Hawkins! —tronó la voz al otro lado de la puerta.

—Son las cinco y media —espeté de mala gana—. Una hora en que duermen los ciudadanos honrados.

Oí una risita y eso me cabreó.

—¡Abre de una vez, Nelson, o echaremos la puerta abajo!

Traté de ganar tiempo, aunque en realidad, no sabía para qué.

—¿Qué quiere a estas horas?

—Abre, Nelson. ¡Por tu madre!

—No la conocí, Hawkins —rugí encolerizado—. Sólo abriré si lleva un mandato judicial con orden de registro.

Oí una sarta de maldiciones.

—Sabía que dirías eso y la traigo para pasártela por las narices, figón —dijo Hawkins con voz triunfal.

Abrí, porque el muy bestia era capaz de ordenar que hicieran astillas la puerta.

Entró como una tromba.

Se detuvo al verme en pijama y con el cabello revuelto.

—Así que era verdad que dormías, ¿eh? —Gruñó mordaz.

—¡Oh, no! —dije sarcásticamente—. Me visto así para jugar al «Monopoly» con todos estos amigos que aquí ve.

No respondió. Se dejó caer en un sillón.

Finney y otros dos de la brigada permanecían en el pasillo.

Les di con la puerta en las narices y me planté ante Hawkins.

—¿Y bien? —dije.

Me miró largamente. Nunca nos habíamos podido ver.

Si yo era un tipo duro, él no me iba a la zaga.

—¿Dónde está? —espetó de pronto.

—¿Dónde está quién? —respondí heladamente.

—Cynthia Forrester.

—No alterno con millonarias, Hawkins. Creí que ya lo sabía. Y menos en pijama.

Se levantó de un salto y me apuntó con el dedo índice.

—Óyeme bien, figón del tres al cuarto. Esa pelirroja ha de estar aquí. Y si la encuentro, adiós licencia.

—Ya le respondí, polizante. Y ahora, largo. Tengo ganas de volver a la cama.

No pude impedir que me empujara haciéndome trastabillar y se lanzara sobre la puerta del dormitorio. Le seguí tratando de evitar lo inevitable.

Abrió la puerta.

Miré por encima de su hombro.

Y los dos nos llevamos una sorpresa.

Las ropas que vestía Cynthia estaban diseminadas por el suelo y en primer término el sujetador y unas sucintas braguitas de negro encaje. Ella se había metido en la cama tras colocarse la peluca rubia. La había desgreñado y el cabello le cubría parte del rostro. La escasa luz hacia el resto, para cambiar su aspecto.

—Oye, amor —dijo en tono meloso—. No me dijiste que ibas a traer un amigo. ¿Qué espera para desnudarse?

Hawkins se atragantó y carraspeó violento.

Yo traté de ocultar mi asombro lo mejor que pude y tiré del brazo del teniente, sacándolo de allí.

—Y bien, Hawkins, ya está contento, ¿no? No se puede ir por ahí a las seis de la mañana violando la intimidad de los ciudadanos. No era así la policía cuando yo estaba allí. Hice bien en dejarla.

No respondió. Estaba rojo como la grana. Los ojos le brillaban inusitadamente.

Con un poco de suerte le daría un infarto.

Se dirigió a la puerta con paso altivo y la abrió.

—¡Vamos! —dijo a Finney y a los otros dos.

A mí ni se dignó mirarme.

Pero pegó un portazo a la puerta con una fuerza inusitada.

—¡Vaya! Mañana tendré que revisar las bisagras —dije.

Necesitaba un *whisky*. La actuación de Cynthia había sido impresionante. Digna de Sarah Bernard.

Vacíé el vaso de un trago y me encaminé al dormitorio.

El decorado seguía igual.

Sólo que Cynthia se había quitado la peluca rubia.

Estaba sentada en la cama y se tapaba el pecho con el embozo.

—¿Te gustó la actuación, Roy?

—Insuperable —respondí.

Y no pensaba sólo en su representación.

—¿Qué esperas...? Ven... —dijo en un susurro.

Tragué saliva.

—¿Qué pretendes? —dije estúpidamente.

—Estabas en la cama cuando llegué... vuelve a ella. ¿O no te gusta mi compañía?

Hay momentos en la vida que requieren más acción que palabras. De modo que hice lo que debía. Me quité el pijama y fui

derecho hacia la cama.

Un momento después... ¡Bueno! Ya lo suponen, ¿no?

CAPÍTULO IX

Me despertó un delicioso olor a huevos fritos con tocino.

Alargué el brazo, pero no encontré el cuerpo de Cynthia.

Eché una mirada al reloj. Eran casi las diez.

—¡Cynthia! —llamé.

—¡Buenos días, Roy! —contestó una voz con tono alegre desde la pequeña cocina.

Suspiré mientras me desperezaba.

Era agradable tener una mujer hacendosa en la casa.

Sin saber por qué pensé en Rosie y sentí algo amargo en la garganta, y algo así como un complejo de culpabilidad.

Rosie no se merecía un tío como yo.

Decidí cambiar el rumbo de mis pensamientos. Ya tenía demasiados problemas.

Cynthia apareció en el dormitorio. Izó la persiana y abrió la ventana de par en par.

—¡Arriba, fisgón! —dijo riendo.

Siempre he admirado a las mujeres que se levantan de buen humor.

¿Cómo se levantaría Rosie?

Rosie otra vez.

¿Por qué no podía olvidarla, al menos en ciertos momentos?

Me levanté de un salto, sin acordarme de que no llevaba el pijama. Cynthia rió al verme.

—¡Tú, Tarzán! ¡Yo, Jennie! —rió alegremente.

¡Tarzán! ¡Vaya Tarzán! ¡Estaba hecho polvo!

Hice una mueca que quiso ser una sonrisa.

—¡Vamos, tigre! —dijo Cynthia—. Nos espera el desayuno.

Agarré la toalla de baño del cuarto de aseo y me la enrollé a la cintura.

Desayunamos con apetito. Siempre he sostenido que hacer el

amor lo abre.

Luego fui a ducharme y vestirme.

Cuando terminé. Cynthia me esperaba ya en la salita.

Me dirigí a dónde guardaba los envoltorios de droga y los saqué reuniéndolos. Luego, rehaciendo el paquete como inicialmente lo hallara, me lo introduje en el bolsillo de la americana.

Después tomé mi pluma-fuente y extrayendo la F. N., del 7,65 me dediqué a anotar su número de serie en una tarjeta, antes de devolverla a su lugar.

Sería interesante saber a nombre de quién estaba registrada.

Cynthia me veía hacer en silencio.

Me senté junto a ella.

Entonces lo rompió para preguntarme:

—¿Qué vas a hacer ahora, Roy?

—Sinceramente, no lo sé, nena. Hay algo incuestionable, alguien quiere eliminarte y no repara en matar para ello. Pero ¿por qué? Y sobre todo, ¿quién? Si supiéramos el móvil, tendríamos al asesino. Por otro lado, la policía también te busca. El asesinato de Fowler en tu *bungalow* te lo achacarán si no encuentran a su matador. Eres la perfecta víctima propiciatoria. ¿Por qué lo mataron? ¿Para inculparte únicamente? ¿Quisieron aprovechar que era tu asiduo acompañante?

—¿Qué diablos pinta la droga en todo esto?

—¿Por qué dejaron un arma, posiblemente la que lo mató, en el caso de Fowler, y en cambio, se llevaron la utilizada para matar a Liliana?

Cynthia me escuchaba en silencio. Sin duda, meditaba también.

El timbre de la puerta nos sobresaltó a los dos. Nos miramos.

Sonaba insistentemente. Alguien que tenía mucha prisa.

Eran casi las once y media.

Normalmente no estaba a aquellas horas, de modo que no se me ocurría quién podía ser.

¿Hawkins? ¿Otra vez? Me estremecí. Era posible.

Aquel perro sería capaz de no dormir para joderme la licencia.

Cynthia me leyó el pensamiento.

—Voy a ponerme la peluca —susurró levantándose de un salto y corriendo hacia el dormitorio.

El timbre seguía su monocorde y tedioso concierto.

Me encaminé hacia la puerta, dispuesto a romperle el dedo al gracioso.

Descorrí el pasador y abrí con brusquedad.

Primero vi a Rosie con un periódico en la mano. Tras ella tres gorilas. Cualquiera de ellos podría haber causado un complejo de enano al mismísimo Primo Camera.

Uno de ellos era el gracioso del timbre.

Por lo que momentáneamente olvidé lo de romperle el dedo. No me dieron ocasión a abrir la boca.

Empujando a Rosie, entraron en tropel y tuve que retroceder para no ser arrollado.

Cynthia eligió aquel momento para abrir la puerta del dormitorio. Su cabello era ahora completamente rubio.

Nos miró sorprendida, pero no tuvo tiempo de abrir la boca. Habló Gino, que era uno de los tres invasores.

—Don Salvatore desea hablar con usted, Nelson. Luego lo haré yo. No olvido lo de ayer —dijo entre dientes.

—¡Que venga! —dije, ignorando su amenaza.

—No puede hacerlo.

—¡Que coja el teléfono! —sugerí.

—Tampoco.

—Entonces, no desea hablar conmigo. Ya lo dijo todo ayer. De modo que, adiós, amigos.

Naturalmente, no se movió ninguno.

Tampoco lo esperaba.

—Irá usted —gruñó Gino—. Nosotros lo llevaremos, y ojalá se nos resista.

Me estremecí levemente al oír su tono de voz.

—¿Adonde?

—Ya lo sabrá a su debido tiempo.

Rosie intervino:

—Los encontré abajo, en la puerta del elevador —dijo en tono de disculpa—. Te traía el periódico, al ver que no venías a la oficina. —Se interrumpió para echar una venenosa mirada a Cynthia, que seguía en la puerta del dormitorio—. Han matado a Lilian della Fiore —dijo luego, sin apartar la vista de la rubia compañera de alcoba.

Gino se sobresaltó al oír lo de Liliana. Y con lo que debía ser su

cortesía habitual, arrancó el periódico de las manos de Rosie. Frunció el ceño al leer los titulares.

Sin duda no se habían enterado aún.

Eso eliminaba a mi entender a Toressi como presunto asesino.

Pero entonces, ¿qué tripa se le había roto ahora?

Rosie no dejaba de mirarnos alternativamente a Cynthia y a mí. Sus ojos brillaban de cólera.

No sabía que la «rubia» era la pelirroja Cynthia Forrester.

Pero la cama deshecha se veía perfectamente y era fácil comprender quiénes habían sido los causantes.

Los gorilas que acompañaban a Gino no nos perdían de vista, aunque no hubieran dicho una palabra. Esperaban sus órdenes.

Gino arrojó el periódico a un lado.

—Ya hemos perdido mucho tiempo —dijo entre dientes—. Vamos a casa de Don Salvatore. Las chicas vendrán también.

—No, Gino. Ellas se quedan —dije con firmeza.

El italiano chascó los dedos de su mano derecha. El gorila que tenía a mi lado, hizo un breve movimiento.

Sentí que mi mandíbula se desencajaba a consecuencia del puñetazo que me largó.

Las vi todas. Las estrellas, claro.

Y no las de Hollywood, precisamente.

Vaya pedazo de animal.

—No debo dejar a nadie aquí, Nelson —rió gozando de antemano—. Don Salvatore decidirá lo que haya de hacerse después con los tres.

No me gustó.

Y así lo expresé. No se molestó en mirarme.

—Entonces yo me quedo —dije sin convencimiento alguno.

Gino rió enseñando sus cochinos dientes.

—No, fisgón. Tú vienes con nosotros. Y será mejor que no hagas ninguna tontería. Lo pagarían ellas. Y entonces te ibas a arrepentir. Adelante, muchachos.

Por otras veces similares, debían tenerlo estudiado. Me pareció como si actuaran en un *ballet* muy sincronizado.

Cada uno de los gorilas asió por un brazo a una chica.

Gino se emparejó conmigo.

Me había tocado bailar con la más fea.

Ni que decir tiene que muy cortésmente nos avisaron que cada uno tenía en el bolsillo un cañón con silenciador dispuesto para borrarlos los malos pensamientos.

Tenían dos coches aparcados frente a la entrada, con un gorila más al volante de cada uno.

Me pregunté por qué habrían venido en dos coches y decidí que Gino me lo aclarase.

—¿Por qué dos coches, Gino?

—Hemos ido antes a tu oficina, fisgón. Nuestras órdenes eran llevarte a ti y a tu secretaria. En un solo auto hubiéramos ido muy apretados, además, si la chica iba en uno, tú no harías tonterías en el otro. Al encontrarla vacía, vinimos a tu nido y ya ves que la pesca ha sido completa.

El muy cabrón estaba en lo cierto. Tendría que hablar de nuevo con Toressi. Lo peor vendría después. Toressi no era amigo de dejar bocas abiertas. Y la mía ya había querido silenciarla. Me molestó recordar la sonrisa con que Willie nos había visto salir. Aquel idiota no comprendía nada. ¿Adónde creería que iríamos? ¿A Disneylandia?

CAPÍTULO X

Salvatore Toressi residía en una lujosa villa cercana al mar. Muchos árboles, césped abundante y bien cuidado, macizos de flores y, cómo no, una gran piscina, rodeada de tumbonas y parasoles, en la parte posterior.

Los dos coches habían cruzado las verjas de hierro de la entrada, tras haber sido reconocidos sus chóferes por el guarda, y ahora ascendíamos por la alameda de cipreses hacia la casa.

Otro guardaespaldas nos aguardaba en las escaleras, sin duda advertido por el de la entrada.

Descendimos de los autos y me reunieron con las chicas. Las sonreí para infundirles ánimos.

—Este tranquilo paseo no significa que haya olvidado nuestra entrevista de ayer, fisgón —gruñó Gino—. Cuando el patrón haya terminado contigo, ya nos veremos.

—Me conforta que te acuerdes de mí, Gino —respondí burlón—. ¿No vas a comprobar si vamos armados antes de entrar?

Una luz de alarma se encendió en el rostro del matón. Soltó una imprecación e hizo que nos cachearan.

No encontró nada y eso le hizo recobrar la tranquilidad. A las chicas no les gustó que le hubiese recordado a Gino su obligación. Y lo comprendí porque su registro fue un manoseo descarado.

Cruzamos el amplio vestíbulo escoltados por los gorilas y nos introdujeron en una amplia sala biblioteca, después de que Gino pidiera autorización con unos golpecitos en la puerta.

Toressi estaba sentado tras una mesa escritorio, fumaba un descomunal habano. Con una seña nos indicó que nos sentáramos.

Obedecemos.

Nuestros ángeles de la guarda permanecieron en pie junto a la entrada.

Toressi nos contempló en silencio con los ojos semientornados.

Luego, dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿Quiénes son las chicas?

—Ésta es Rosie, mi secretaria —dije señalándola—. La otra es Cynthia Forrester, clienta de su club.

Cynthia se quitó la peluca de un tirón. Sus rojos cabellos se desbordaron como una cascada.

Hubo varios respingos de sorpresa, entre ellos el de Toressi y el de Rosie, que volvió la vista hacia mí.

—Ellas no hacía falta que viniesen, Toressi —dije.

—Tal vez —respondió el gángster—. Pero ahora están aquí.

—Pueden irse —sugerí.

Toressi movió la cabeza negativamente.

—Ya no —dijo heladamente.

Dio una larga chupada a su cigarro antes de continuar.

—Se cree un tipo duro, ¿no es cierto, Nelson?

—¡Humm! —murmuré.

—Le dio una buena paliza a Gino.

—No me gustaron sus modales. Ni la faena que le encomendó.

Gino, que se hallaba a mis espaldas, dio un paso adelante, pero Toressi le frenó con un ademán autoritario.

—Aún no, Gino —luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Fowler se llevó algo que me pertenecía, Nelson. Ya sabe lo que es. ¿Dónde está?

Me toqué el bolsillo de la americana.

—Démelo —dijo imperiosamente.

Se lo di. Eso formaba parte de mi plan, aunque él no podía saberlo. Bueno, en realidad lo que hice fue tirar el paquete con la heroína sobre la mesa.

—Está toda —aclaré.

—Ayer pensé que la chica que iba con Fowler le había dado los envoltorios que me enseñó. Luego comprendí que de un modo u otro había ido a parar todo el paquete a sus manos, puesto que la policía nada mencionó de su existencia.

—¿También es suya la pistola, Toressi? —espeté con sorna.

—¿De qué me está hablando, Nelson? —rugió.

—Del arma que posiblemente mató a Fowler. Una 7'65.

—No usamos ese calibre —rió con cinismo, luego se puso repentinamente serio y añadió—: Fowler me debía mucho dinero y

encima se quedó con ese paquete de «polvo», pero no fui yo quien dio la orden de matarlo. Siento que sepan que en el Cupido's

se reparte droga, eso hace que tenga que acabar con usted y con las chicas.

—¿Y Liliana, Toressi? ¿Quién la mató?

El rostro de Salvatore Toressi se ensombreció.

—No lo sé, fisgón. Pero puede estar seguro de una cosa. Lo sabré. Y quien hizo ese trabajo se acordará de Salvatore Toressi.

Bien, ya estaba todo dicho. Ahora empezaba el verdadero peligro. Había cuatro gorilas, contando a Gino; y además, Toressi en la estancia. Cinco contra las dos chicas y yo.

No quise ni pensarlo. Gino era el que tenía más cerca y por ello el que recibió primero.

Le di un soberbio puñetazo en plena boca.

Trató de cubrirse el rostro con las manos y entonces le apliqué mi llave favorita y que no conocía: un impresionante punterazo en la entrepierna.

El grito que lanzó Gino fue desgarrador, mientras caía revolcándose. No perdí un segundo, me zambullí sobre él y extraje de la funda de su axila el pistolón que llevaba al igual que sus compañeros.

De éstos, sólo uno había reaccionado, buscando también el arma. Ahora iba a encañonarme.

No lo dejé, claro.

Apreté un par de veces el gatillo.

Mal le fue la cosa.

Saltó dos veces hacia atrás y se quedó tieso en el suelo, mirando al techo.

Los otros dos venían hacia mí a paso de carga.

Los tenía ya encima, por lo que enarbolé la pistola y le sacudí al primero, haciéndole un buen surco en la cara y arrancando de su garganta un aullido de dolor.

Intenté a mi vez saltar de lado, pero no lo logré y me hizo caer de espaldas.

Rosie, mientras tanto, se había lanzado sobre el otro que quedaba y mientras se enzarzaban en una desigual pelea, Cynthia estrelló sobre la cabeza del gorila un jarrón chino que había sobre

la mesa.

Pude oír el gemido de disgusto de Toressi al ver que lo hacía añicos. El gorila se vino abajo haciendo retemblar el suelo. Las chicas le obsequiaron con unas cuantas patadas en el rostro y ya no se movió. Entonces fueron hacia Gino, que intentaba ponerse de rodillas.

Por mi parte, desde el suelo, vi que la mole aquélla se me venía encima, al tropezar con mis pies, y levanté la pistola. No podía estar con contemplaciones. La poyé en su estómago y apreté el gatillo.

El cuerpo me cayó encima y no pude ver cómo la puerta se abrió violentamente y entraba Hawkins con un tropel de policías.

Toressi soltó como si quemase el arma que había extraído de un cajón de su mesa.

Me incorporé sacudiéndome los cien kilos de músculos del fulano que acababa de apiolar.

—Esta vez te encuentro rodeado de muertos, ¿eh, fisgón? —dijo Hawkins con placer.

—Gracias a Roy estamos vivas —intervino Cynthia.

—¿Quién es ésta? —intervino Hawkins con aire de sospecha.

—Cynthia Forrester —dije yo de mala gana.

Hawkins no era tonto. No había supuesto que la «rubia» que vio en mi cama fuera la pelirroja que buscaba, pero no obstante se había apostado toda la noche cerca de mi apartamento y nos había seguido hasta la villa de Toressi, cuando nos vio salir.

Hawkins advirtió la peluca sobre la silla, entonces comprendió. Su rostro se encendió y sus ojos brillaron de furia.

—Ocultar una asesina te va a costar algo más que la licencia, Nelson.

—No es una asesina —dije con tranquilidad—. Yo sé quién mató a Bert Fowler y a Liliana della Fiore. Tengo que hacer una última comprobación. Entonces le entregaré al asesino. Le cederé la gloria —añadí socarrón.

—Por el momento, me llevo a la señorita Forrester detenida.

—Allá usted, Hawkins. Si no le importa hacer el ridículo.

Luego, volviéndose a Cynthia, dijo:

—No te preocupes, nena. Sólo serán unas horas, te lo prometo. —Luego, señalando a Toressi, le dijo—: Registre esa mesa, en un cajón encontrará un paquete con envoltorios de heroína. Su club, el

Cupido's,

es sólo una tapadera para su tráfico. Fowler se la proporcionaba.

El teniente me contempló entre asombrado e irritado, luego, en un súbito arranque, fue hacia la mesa. Toressi ya había sido esposado al igual que Gino y el otro gorila, y abrió los cajones. No tardó en encontrar el paquete, lo abrió y se percató de su contenido.

—Lo trajo él —gimoteó Toressi, señalándome.

—Mi sueldo no da para esas compras, Toressi. Invente algo mejor —dije con desfachatez.

Mi argumento era infalible y Hawkins lo creyó.

—Me llevo a la chica —dijo el teniente—. A las siete de la tarde le espero en mi oficina para firmar una declaración. Será mejor que no falte, Nelson.

—Antes de esa hora tendrá al culpable, Hawkins. En cuanto a la chica, mejor que se la lleve, han intentado matarla y al fallar intentan involucrarla en esos crímenes. Corre un serio peligro.

El policía no respondió. Cynthia me tiró un beso.

Rosie, que había permanecido todo el tiempo callada, se vino hacia mí, cuando todos salieron.

—¿Dónde pasó Cynthia esta noche? —preguntó mordaz.

—Según ella, en el Paraíso —reí.

Soltó un bufido y taconeó hacia la puerta.

Intentó alcanzarla y el portazo casi me aplasta la nariz.

CAPÍTULO XI

Cuando deseo pensar con tranquilidad, suelo ir al bar de Sammy en la calle Market.

De modo que allí estoy ante un vaso alto como una chimenea y bien lleno de Johnny.

No hay nadie más.

Sammy me conoce y aunque charla por los codos, respeta mi silencio. Sabe que visito su local como si fuera un «Santuario de meditación hindú».

Repaso mentalmente los acontecimientos. En realidad, tengo casi todas las piezas del «*puzzle*». Cazarlas no va a ser difícil.

Me parece increíble lo que intuyo, pero todo apunta no a Cynthia, sino a Myriam.

Veamos: móvil, lo primero que debe buscarse, lucro... Cynthia es hija única del primer matrimonio de Porter S. Forrester, heredera única también de la fortuna de su madre y heredera de la mayor parte de los bienes de su padre. Si Cynthia falleciera, en el futuro sería todo para Myriam.

Myriam había estado casada con Fowler, un cazadotes y, además, traficante de drogas. ¿Por qué se habían divorciado? Lo habían hecho desde el momento en que ella había vuelto a casarse con Forrester. Cynthia ignoraba el primer matrimonio de Myriam, pese a conocer a Fowler. ¿Ignoraba también Forrester ese matrimonio?

Myriam podía haber atentado contra Cynthia, secundada por Fowler; al fracasar, Fowler podía haber intentado chantajear a Myriam y ésta, al advertir el peligro, podía haber decidido deshacerse de su anterior marido, aprovechando para inculpar a Cynthia de esa muerte, dejando además la droga que debía tener Fowler, medio escondida, lo cual agravaría más la situación de la chica.

Sólo faltaba aclarar aquí de quién era la pistola F. N., belga y por qué la habían dejado con la heroína.

Di un largo trago al vaso de «Johnny» y seguí ensimismado. El móvil de la muerte de Liliana era fácil de saber.

A Myriam, una vez muerto Fowler e inculpada Cynthia, no le interesaba que ese matrimonio fuese conocido.

También aquí había intentado que la policía sorprendiese a Cynthia con el cadáver de Liliana. Podía haberse achacado el crimen a celos por Fowler. Ya que Liliana le conocía y a Cynthia la acompañaba frecuentemente. Sólo había algo ahí que no veía claro.

Si sorprendían allí a Cynthia, no podían acusarla del crimen, puesto que no aparecería el arma.

Por cierto, ¿dónde estaría? ¿De quién era?

Recordó también el interés de Myriam porque no interviniera en el caso, antes de los dos asesinatos. Incluso para hacer más eficaz su intervención, se había acostado conmigo.

Los matones que reclutara Slim en los billares también los había pagado una mujer.

Casi todo encajaba y casi todo señalaba en dirección a Myriam.

Acabé el «Johnny» de un trago y levantándome me dirigí con el vaso vacío hasta la barra donde Sammy hacía el crucigrama.

—Ponme otro, Sammy —dije.

Pensaba bebérmelo charrando un rato con él o ayudándole en su crucigrama, el mío ya estaba casi resuelto.

Comería en el restaurante de Li, mi amigo chino, y luego iría a hacer una visita a la señora Forrester.

Comí con verdadero apetito.

En el Nueva Seúl conocían bien mis debilidades.

Antes de salir, me introduje en la cabina telefónica, puse unos níqueles en la ranura y marqué el número de Forrester.

No tardó en ponerse al aparato.

—¡Santo Dios, Nelson! ¿Por qué distancia tanto sus llamadas? No sé aún dónde está mi hija, adivino que está en peligro, matan a un hombre en su casa y...

—Está en la cárcel —dije lacónicamente, cortando su verborrea.

—¡Cynthia en la cárcel! —exclamó, encolerizado.

—Escuche, Forrester —dije, apeando el tratamiento—. Cynthia corre peligro y por el momento está mejor allí. No se preocupe, al

anochecer espero haberla sacado con el caso resuelto.

—¿No me engaña?

—Si me conociera, sabría lo leal que soy con mis clientes —gruñí, molesto.

—Está bien, Nelson. Usted manda, pero comprenda que teniendo una hija en la cárcel, yo...

—Si la quiere, déjela allí. Al anochecer le llamaré. Y ahora, ¡adiós!

Y colgué.

Mi segunda llamada fue a Alvin Bronson. Bronson trabajaba en el gabinete de Investigación de la policía. Siempre me había profesado amistad. No quería el control de Hawkins, pero no tenía forzosamente que enterarse, y yo deseaba saber a quién pertenecía la F. N., si era de pertenencia legal, ya que no tenía borrados los números de identificación.

Bronson no tardó en acudir al auricular.

—¡Hola, Nelson! ¿Cómo te va de fisgón? —rió.

—Muchas vigilancias, separaciones y trabajo ingrato, ya sabes... —dije.

—Pero bien pagado, ¿no?

—No me quejo.

—Alguna vez te debe salir algo menos aburrido, digo yo.

—Pues, sí; por eso te llamaba, Alvin. Me interesaría conocer si tenéis registrada una F. N., belga del 7'65, y a nombre de quién.

A continuación le detallé el número de serie.

—¿Te corre mucha prisa?

—Francamente, sí. Te agradecería lo mirases ahora, Alvin.

—Está bien, Roy. Te llamaré dentro de un rato a la oficina. Si no está registrada aquí, tendré que llamar, ya sabes.

—No estaré allí, Alvin.

—¿Entonces...?

—¿Te importa que te llame de nuevo? —inquirí.

—No, claro que no. Hazlo dentro de unos quince minutos. Creo que bastarán.

—Está bien. Gracias, Alvin —dije.

Y de nuevo colgué el aparato.

Salí del Nueva Seúl y me metí en un bar cercano. No era la primera vez que iba y sabía que tenían una cabina telefónica

privada. A veces solía utilizarla.

Pedí un «Johnny» coa hielo.

No era la bebida más adecuada para una sobremesa, pero el *whisky* era una de mis debilidades. Cualquier hora me parecía apta para beberme uno.

Encendí un cigarrillo y me dispuse a contemplar volutas de humo hasta que transcurriera el tiempo solicitado por Alvin.

Luego iría a visitar a Myriam.

Me parecía increíble después de las horas que había pasado revoleándome con ella, considerarla capaz de matar a dos personas, pero mi cochino trabajo es así.

Pasado el tiempo, apagué la colilla de mi cigarrillo en un cenicero y bebí el último trago de aquel «Johnny».

Pagué, solicitando cambio de monedas, y marché derecho a la cabina. Pensé en llamar primero a Rosie, por si había alguna novedad, y disqué el número de mi oficina.

Rosie se puso al teléfono, muy excitada.

—Estaba preocupada, Roy. No sabía dónde localizarte. Llamé al Nueva Seúl por si estabas allí, pero me dijeron que ya habías salido.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Ha estado a verte Mark Fowler, hermano al parecer de Bert.

—¿Hablaste con él?

—Yo no había llegado aún, Roy. Dejó la tarjeta en el buzón.

—¿Pone dirección?

—No. Sólo el nombre.

—Lástima —gruñí.

—¿Estás bien, Roy? —preguntó.

—Podía estar mejor. ¿A qué viene eso?

—A nada, Roy. No lo digo con segunda intención.

—Está bien, nena. Luego te llamaré.

Me tiró un beso y después colgó.

Puse más monedas en la ranura y disqué de nuevo. Al cabo de unos segundos estaba de nuevo al habla con Alvin Bronson.

—Ayer nos trajeron una bala del 7'65 para clasificar, la habían extraído del cadáver de un tal Fowler. ¿Qué casualidad, verdad, Nelson? —me espetó de buenas a primeras, nada más establecerse la comunicación.

—¿Por qué dices que es casualidad? —Gruñí. Lo cierto es que no

había pensado que relacionasen los calibres. De enterarse Hawkins, me veía sin licencia.

—Porque el arma cuyo número de serie me has dado está registrada precisamente desde hace cinco años a nombre de Albert Fowler.

Sentí que el suelo se abría a mis pies.

—¿Me oyes, Roy? —dijo Bronson al otro extremo del aparato.

—Sí, claro. Te oigo perfectamente.

—Oye, ¿no tendrás tú o alguien que conozcas esa arma, verdad? Esa ocultación sería muy peligrosa. Y si el caso lo lleva Hawkins... Ya sabes lo que quiero decir.

—Gracias por tu información, Bronson. Y estate tranquilo, no tengo esa arma ni sé quién la tiene.

—¿Cómo sabías, entonces, el número de serie? ¿Es que me tomas por tonto?

—Podría responderte que eso es secreto profesional. Pero por ser tú voy a decírtelo. Alguien muy relacionado con Fowler guardaba unos papeles suyos. Entre ellos estaba esa licencia. Pero era ilegible en ella el nombre del titular a causa de una gran mancha. Sentí curiosidad por saber a quién pertenecía. Eso es todo.

—¿Pretendes que lo crea, Nelson?

—Ése es tu problema. Yo te he dicho la verdad. No sé dónde está el arma. —Una vez más mentí descaradamente—. Si no aparece, no podréis saber si es o no el arma homicida. Pudo ser otro 7'65.

—No es un calibre muy frecuente. Tú lo sabes.

—De acuerdo —concedí—. Pero si alguien mató a Fowler con su pistola, ¿por qué no la dejó allí? Lógicamente, no iba a incriminarle.

—Está bien, Nelson. No sigas. Me has puesto la cabeza como un tambor. Digamos que creo lo que me has dicho. No comentaré tu petición con Hawkins. Pero favor por favor. No le digas tú tampoco que me lo pediste, y la próxima vez... bueno, ya hablaremos entonces...

Respiré.

—¡Gracias, Alvin! Y no te preocupes, hombre, no hay motivo.

Colgué el receptor y me enjuagué el sudor que perlaba mi frente. ¡Vaya lío se podía haber organizado!

Caminé hacia el auto y poniéndolo en marcha, enfilé camino de mi apartamento.

Willie no estaba en su sitio. Lástima, le hubiera dicho cuatro cosas. Cojo el elevador y subo.

Al entrar, me dirijo hacia donde guardo la F. N., del 7'65 y me la echo al bolsillo, después de vaciar el cargador.

Ahora ya puedo ir a ver a Myriam Forrester.

CAPÍTULO XII

La residencia de los Forrester era elegante y señorial, aunque no lujosa en demasía. Revelaba que sus propietarios eran millonarios y que tenían un buen gusto para la decoración.

Aparco el coche cerca de la entrada y camino hacia la verja. Un portero uniformado la abre solícito al indicarle con toda desfachatez que la señora me espera.

Recorro el sendero de gravilla y llego a la entrada. Toco el carillón.

Unos momentos después se abre la puerta.

Miriam, pues es ella la que ha abierto, se sorprende al verme en la puerta de su villa.

—¡Roy! Qué agradable sorpresa.

—Hola, muñeca. ¿Puedo pasar?

—Naturalmente —dice, haciéndose a un lado.

Entramos en un acogedor saloncito.

—Tengo los sirvientes de fiesta... —sonríe con picardía.

—Muy interesante —digo sin saber por qué, y apartándome del motivo de mi visita.

—¿Qué quieres beber? —pregunta.

—Un «Johnny» con hielo —digo sin embages.

—Anda, siéntate en el diván mientras lo preparo.

Se dirige al mueble bar y prepara dos.

Luego se vuelve hacia mí con los vasos en la mano. Entonces reparo que viste una larga bata transparente, casi totalmente abierta por el centro. Me alarga un vaso y se sienta junto a mí.

La bata se entreabre y deja ver sus torneadas piernas.

Presiento que cada vez va a ser más difícil mi misión.

Me mira con ojos brillantes, mientras bebe un sorbo. Conozco ese tipo de mirada. Me da vergüenza decirlo, para que no se rían de mí, pero siento como si me desnudase.

Lentamente deja su vaso, luego se gira hacia mí.

—Me alegro de que hayas venido, Roy. Aunque, a decir verdad, no te esperaba —susurra.

—Tenía que venir —dije secamente.

—¿Tanto te impresioné?

La muy zorra o no sabe por dónde voy o va a hacerme una nueva demostración de su ninfomanía, con sus dotes de actriz.

No espera mi respuesta. Sus manos empiezan a desabotonar ágilmente el resto de su bata. La abre y la echa hacia atrás sin levantarse. No lleva nada debajo. Ni un centímetro de tela.

Sus pechos erectos son como un mudo desafío a mi capacidad de reacción.

¿Cómo empezar a decirle que la creo autora de dos asesinatos?

Mis manos van solas hacia su cuerpo.

Tengo mucho que decirle, es cierto, pero estoy convencido de que mi diatriba puede esperar. Soy un tipo duro, pero ¡qué caramba!, en momentos así hay que aflojar, ¿no?

Así estamos un buen rato, mientras mis manos la recorren.

—¿Vamos al dormitorio? —susurra al fin.

Está verdaderamente ansiosa de macho.

Y lo va a tener.

—Vamos ya —dice de nuevo.

—No va a hacer falta el dormitorio, nena —le digo señalando la mullida alfombra que hay sobre la moqueta.

En un momento me he librado de la ropa.

Ella se deja caer del diván ronroneando. Yo lo hago encima. Al cabo de un momento alcanzamos la cima del placer.

Luego, exhaustos, nos tendemos boca arriba en la alfombra. Yo aproveché para encender un cigarrillo.

Expelí el humo pensativo.

¿Por dónde empezar?

Su cabeza estaba apoyada en mi pecho desnudo. Tenía los ojos cerrados. Aún respiraba entrecortadamente.

La contemplé alzando el cuello levemente. Era endiabladamente hermosa. ¿Y capaz de matar?, me pregunté.

—¿En qué piensas, Roy? —dice suavemente.

Me levanté y me puse el *slip* y los pantalones en silencio.

Ella no dejaba de observarme.

Luego metí la mano en el bolsillo de la americana y saqué la F. N.

—¿La recuerdas? —dije tendiéndosela.

La asió en silencio, incorporándose.

—Eres un cerdo, Roy —dijo secamente.

Estuve mentalmente de acuerdo.

—No has contestado a mi pregunta, Myriam —recalqué.

—Para qué. Crees saberlo todo, ¿no es así? Supongo que de nada servirá decir que no sé de qué me hablas.

—Me gustaría oír tu explicación.

Me miró fijamente, luego bajó la mirada hacia la pistola que le había entregado y que sostenía en su diestra. Lentamente me encañonó con ella.

—¿Crees que hace falta?

—Me resistía a creer que pudieras haber matado a dos personas, Myriam.

Se encogió de hombros.

—No me dieron opción —dijo secamente.

—No te entiendo —dije, poniendo cara de imbécil.

Pretendía que lo explicara todo. Era por mi propia vanidad que deseaba comprobar que era cierta mi teoría.

—Está bien, Roy, ¿qué importan unos minutos más? Voy a satisfacer tu curiosidad. Me casé con Porter por su dinero, ignoraba que existiera Cynthia. Cuando supe de ella, ya estaba casada. Ya no era la única heredera, ¿comprendes?

Asentí levemente con la cabeza. Ella siguió:

—Esto no me gustó. Me sentí defraudada y decidí matarla. Yo había estado casada con Bert Fowler. Bert había sido toda su vida un auténtico vividor de mujeres, llamémoslo así. Se casó conmigo engañado y a mí me sucedió otro tanto. En el fondo fue gracioso. Pero como eso no conducía a nada, nos separamos. Supe que él tenía líos con drogas y luego le perdí de vista. Pero el mundo es muy pequeño, Roy, y apareció de nuevo cuando menos lo esperaba. ¡Y acompañado de Cynthia! Eso me hirió. El trataba de embaucar a la chica y eso no entraba en mis planes. Necesitaba a Cynthia muerta; provoqué dos «accidentes» y fracasé. No sé si Bert imaginó algo o simplemente buscó el sacarme dinero. Mi posición, casada con Forrester, era muy buena. Al principio, por lástima, le ayudé,

luego intentó chantajearme. Me amenazó incluso con revelar a Porter que había estado anteriormente casada con él.

»Porter no sabía nada de mi pasado. Entonces planeé lo único que podía hacer: matar a Bert. Busqué la ocasión y cité a Bert en el *bungalow* de Cynthia. Tenía un duplicado de la llave. Ella no tardaría en llegar. Quería que la acusaran del crimen. Bert iba cargado de droga, me comentó que era para Toressi, el dueño del Cupido's,

se la quité de encima cuando le hube matado y la escondí en un jarrón con la pistola. Había sido de Bert, pero la conservé yo al separarnos. Él no la recordaba siquiera. Llevaba unas flores para ocultar mejor mi rostro si tropezaba con alguien y las puse en el jarrón.

»Me extrañó que la policía no mencionase la droga, ni la pistola. Ahora comprendo por qué. Fuiste tú quien se la llevó.

—¿Por qué mataste a Liliana? —pregunté al hacer ella una pausa, aunque de antemano sabía también la respuesta.

—Conocía mi boda con Fowler. Yo había alternado en un local donde ella cantaba. Había intimado con Cynthia, según me dijo Bert. Tuve miedo de que hablara. En realidad, la sorprendí cuando iba a hacerlo y tuve que matarla. Empleé otra pistola. Una que Forrester tiene en el dormitorio. Ésta no la dejé. Al fin y al cabo, si algún día la encontraban, acusarían también a Cynthia, puesto que venía a menudo.

Cayó el silencio, denso, pesado.

Miriam me miraba con extraña fijeza. Sus ojos ya no me parecían tan hermosos. Había algo pérfido, maligno en ellos. Reflejaban, además, una inusitada dureza.

De pronto, habló de nuevo:

—Lástima. Has estropeado la tarde. ¿Por qué no esperaste más para decirlo? ¿Temías flaquear después?

Sonreí amargamente.

—Algo hay de eso —dije con vaguedad.

—¡Bien! Ya han terminado las confidencias —dijo una voz bajo el dintel de la puerta—. Ahora comienzan las mías.

Un hombre apareció en el vano de la puerta, empuñando firmemente una pistola.

El asombro que reflejaba el rostro de Myriam era parejo al mío.

Pero por diferente causa.

Yo no lo conocía.

Ella sí.

—¡Mark Fowler! —exclamó quedamente.

Una luz se encendió en mi tejado: el hermano de Bert.

—Celebro que me recuerdes, a pesar del tiempo transcurrido, Myriam.

Luego se dirigió hacia mí.

—Usted debe de ser Roy Nelson, ¿verdad?

Asentí.

—Bien, vamos al grano. Intenté verle para enterarme de lo que sabía acerca de la muerte de mi hermano. Fue fácil enterarme de que estaba usted metido en el asunto. Bert era un irresponsable, una oveja negra, pero yo le apreciaba. Vine desde Chicago cuando leí que había muerto. Vine para vengarle. Me enteré de que Myriam también estaba por aquí, casada de nuevo, y vine a saber de Bert. Dejaron la puerta mal cerrada. Oía las voces en el interior y entré. Lo oí todo, Myriam. ¿Comprendes? ¡Todo! ¡Todo! —dijo después, dirigiéndose hacia ella.

—¿Cómo piensas vengarte, Mark? —dijo Myriam con voz helada, mientras dejaba de encañonar para girar ligeramente el arma y apuntar a Fowler. Seguía desnuda, sin sentir el menor recato.

—Tengo un arma, ¿no? Fui un buen tirador en Vietnam.

—También yo la tengo, Mark. Y también te apunta a ti.

—Me da lo mismo —dijo secamente.

—¿No tienes miedo a morir? —rió Myriam.

Mark Fowler rió hasta que casi se le saltaron las lágrimas.

—Estoy muerto ya, Myriam.

Ambos le miramos con desconcierto.

—No, no estoy loco —dijo leyendo nuestros pensamientos—. Padezco cáncer incurable. Me quedan apenas unos días. ¿Comprendes ahora?

Myriam palideció. No esperaba aquello.

Su mano perdió firmeza empuñando la pistola.

Yo pensé en que la F. N., que tenía Myriam estaba descargada.

—No actúe por sí mismo, Fowler —dije apresuradamente—. La ley le vengará. Deje que sea ella quien se ocupe de Myriam.

—No viviría lo suficiente para verlo, Nelson. Lo siento —luego añadió, dirigiéndose a ella—: ¡Adiós, perra!

Myriam, en un acto reflejo, oprimió también el gatillo.

No tuvo tiempo de oír el «click» del percutor golpear el vacío. Los dos balazos que le envió Mark Fowler la hicieron saltar de espaldas con el blanco pecho lleno de sangre. Antes de tocar el suelo estaba muerta.

Fowler la contempló un momento, luego dejó caer la pistola.

—Ya puede llamar a la policía, Nelson. Ya hice lo que vine a realizar. Le serviré de testigo de su conversación con ella. ¿Se dio cuenta, Nelson? El destino es así, le falló el cartucho.

No valía la pena en aquellos momentos decirle que yo había sido en realidad el destino de Myriam Forrester.

CAPÍTULO XIII

Fowler se portó bien. Le pusimos la bata a Myriam, aunque abierta, porque no tenía los agujeros de los disparos y así se disimulaba algo su desnudez.

Forrester iba a enterarse de todos modos que su mujer había sido cariñosa conmigo. Me sabía mal por el pobre hombre. Pero ¡qué diablos! Yo no era de piedra.

El lío de la pistola de marras quedó muy diluido. Le chocó a Hawkins que Myriam nos hubiese desarmado con un arma descargada, pero eso como dije había sido su problema. La historia de que me la llevé junto con la droga del interior del jarrón, acordamos con Fowler omitirla. Le expliqué para qué me había servido la droga. A Toressi le encontraron más en el Cupido's,

y con los años de cárcel con que le van a obsequiar, es muy posible que se le quiten de por vida hasta las ganas de usar polvos de talco.

A Cynthia la soltaron aquella misma tarde. El pobre Hawkins se ganó una buena reprimenda, gracias a la influencia del viejo Forrester.

Han transcurrido veinticuatro horas. Estoy en mi apartamento. Acabo de regresar del restaurante de Li.

Suena el timbre.

Es Cynthia.

Viene muy seria.

—Esperaba noticias tuyas —se lamenta.

—Necesitaba algo de descanso, nena.

—¿Tanto te agotó Myriam? —Gruñe enfurruñada.

—¿Crees que funciono con pilas? Yo no me agoto así como así —digo en un alarde machista.

—Vamos a verlo, superman —dijo pícaramente.

No puedo evitarlo. Se quita la blusa y sus pechos erectos,

redondos, quedan al descubierto.

Su falda cae al suelo.

Queda con unas minúsculas braguitas muy transparentes. Lentamente suelta uno de los nudos que las sostienen, y el minúsculo trozo de tela cae al suelo retorciéndose.

He dicho que no puedo evitarlo. Lo que no he dicho es que tampoco quiero.

Sus cabellos son rojos como una llama sobre la vela de su blanco cuerpo. Se acerca hacia mí.

En ese momento se abre la puerta de mi dormitorio.

Cynthia da un gritito y se refugia detrás mío. Yo no puedo gritar, puesto que me he quedado mudo del asombro.

En el marco de la puerta está Rosie con un cortísimo camisoncito, de los que llaman «tentación». Transparente como un cristal. No lleva nada debajo.

Su cuerpo puede rivalizar con ventaja con el de Cynthia. La contemplo ensimismado y con la boca abierta. Se rompe el encanto cuando me dice melosa:

—¿Has olvidado que te espero en la cama, Roy? ¿Por qué se ha desnudado la señorita Forrester?

Cynthia suelta un bufido.

Agarra sus ropas y se las pone en un santiamén. Me mira extrañamente. No sé si va a llorar o a fulminarme con los ojos.

—Adiós, *playboy* de pacotilla —gruñe entre dientes.

Y sale hecha un basilisco, cerrando de un portazo.

Rosie sonrío y se mete en el dormitorio cerrando suavemente tras de sí. Necesito un trago.

Me lo sirvo generoso y con él en la mano voy hacia el dormitorio.

Golpeo suavemente la puerta.

—¿Puedo pasar, Rosie?

—Un momento, por favor.

Decido poner un LP en el tocadiscos de lo que yo llamo «música susurradora para amarse». Pongo el volumen adecuado para que se oiga tenuemente en el dormitorio.

Rosie empieza a tardar demasiado. Estoy impaciente. Siento el sofocón que le ha dedicado a Cynthia, las mujeres son así.

Voy hacia el dormitorio. Esta vez dispuesto a entrar. No hace

falta.

La puerta se abre y aparece Cynthia... completamente vestida.
Parpadeo incrédulo.

¿Qué diablos significa eso?

—¡Adiós, Roy! Hasta mañana —me dice.

—Oye, muñeca. Creo que aquí hay un error.

—Ninguno, Roy. Quizá algún día sea tuya, pero, recuerda, antes la vicaría.

Mi rostro adquiere el color de la púrpura. Estoy a punto de estallar de ira.

—¿Qué significa entonces el numerito del *strip-tease* con que nos has obsequiado antes?

—Considéralo como un avance de lo que puedes tener.

—Ya tenía a Cynthia antes de que me estropearas la noche —me lamenté.

—Esa pájara con cara de mosquita muerta no es para ti, Roy.

—Puedes equivocarte...

—No.

—¿Cómo llamarías tú a lo que acabas de hacer?

—Un ataque de celos.

—¿Celos?

—¿Es que no se nota que te quiero, Roy?

Y salió cerrando la puerta suavemente.

Voy hacia el tocadiscos y saco el LP para estrellarlo contra la pared. Luego agarro la botella de «Johnny». Está decidido, por esta noche va a ser mi única compañera.

Si no estoy muy borracho, mañana hablaré con Rosie. Si lo estoy... Bueno, entonces, no. ¡Podría despertar en la vicaría!

FIN

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

